ADMINISTRACIÓN
LÍRICO-DRAMÁTICA

EL SEÑOR DE ALBER

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ARREGLADA DEL ITALIANO

POR

DON AGUSTÍN DE NAVAS

MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO
1887

EL SEÑOR DE ALBER

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Habiendo adquirido el derecho exclusivo de traducción de esta obra para España y sus posesiones el Sr. D. Agustín de Navas, con arreglo á las prescripciones del convenio hecho con el reino de Italia en 28 de Junio de 1880, nadie podrá hacer otra versión ni arreglo de la misma en idioma castellano.

EL SEÑOR DE ALBER

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ARREGLADA DEL ITALIANO

POR

DON AGUSTIN DE NAVAS

Representada con extraordinario éxito en el Teatro de la COMEDIA el 26 de Noviembre de 1887



MADRID
R. Velasco, impresor, Rubio, 20
—
1887

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ENRIQUE	Sr. D.	José Mata. — Cepillo
CLOTILDE (Condesa)	Sra. D.ª	Josefa Guerra. — Alverá
LUIS (su hijo)	Sr. D.	Enrique Sánchez de León. — Thuiller
ENRIQUETA (su prima)	Srta. D.ª	María Guerrero. — Ruiz
ANTONIO (Marqués)	Sr. D.	Claudio Compte. — Barceló
ALFREDO (tio de)	»	José Montenegro.
AUGUSTO	»	Javier Mendiguchía. — Ortega
CAROLINA PIERSON	Srta. D.ª	Elisa Mendoza Tenorio. — Guerrero
ELISA	»	Julia Martínez.
SIR JHON	Sr. D.	Federico Tamayo. — Balaguer
JOSÉ (maitre d'hotel)	»	Enrique Martínez. — Calle
JUAN (camarero)	»	Alberto Morales.
VICENTE (idem)	»	Francisco Urquijo.
CABALLERO 1.º	»	Severiano Nicolau. — Porzano
CABALLERO 2.º	»	Ricardo Delgado. — Romea

CABALLEROS

La escena en un hotel de Niza.



ACTO PRIMERO

Jardín con mesas de marmol á derecha é izquierda, bancos y sillas rústicas. El fondo representa la fachada del hotel con puerta de cristales practicable y que permita la vista del interior. Verja á ambos lados.

ESCENA PRIMERA

MARQUÉS y JOSÉ, con servicio de café

JOSÉ

(Al Marqués que sale por el interior.) ¿Ha descansado el señor Marqués?

MARQUÉS

No muy bien, porque mis vecinos no me han dejado dormir.

JOSÉ

¿Cómo ha sido eso? (Le sirve el café.)

MARQUÉS

No sé qué pasaría en la habitación contigua que hacían un

ruido infernal. No me dejaron descansar un momento. ¿Quién está en el número diez y nueve?

JOSÉ

Una señora americana... La señorita Carolina Pierson.

MARQUÉS

¿Americana?

JOSÉ

Así lo dice su pasaporte.

MARQUÉS

¿Género... equívoco?

JOSÉ

¡Jé, jé! (Sonriendo.) El señor Marqués es conocedor del mundo... tiene fino el olfato.

MARQUÉS

Bien podía usted habérmelo advertido.

JOSÉ

¿Si el señor Marqués quiere pasarse al número treinta y cuatro?...

MARQUÉS

¿Para qué? Me voy pasado mañana y ya no vale la pena. Lo que desearía es que no repitiera esa señora esta noche la escena de la anterior.

JOSÉ

Esa señora es como abonada de la casa. Todos los años viene á pasar uno ó dos meses en Niza, y toma siempre la misma habitación. El amo cobra bien la cuenta y cierra los ojos para no ver lo que pasa.

MARQUÉS

Sí, pero yo no puedo cerrar los oídos. Aquello era un escándalo; no hacían más que gritar y reir. Eso no debe permitirse en un establecimiento como éste, porque de repetirse semejantes escenas, perderá los buenos clientes.

JOSÉ

Es la primera vez que tal sucede. Este año está desconocida esa señora. Nunca había hecho nada semejante... Figúrese... me atrevo á decírselo, porque es usted un caballero... Figúrese que estaba en Montecarlo con su... vamos... en fin, con un gran señor... millonario... un Conde... nosotros lo sabemos todo... nunca perdemos de vista á nuestros clientes. Hace ocho días telegrafió que le dispusiéramos su habitación, y desde entonces no hace más que ir y venir de Montecarlo á Niza... siempre sola. Noches pasadas revolvió todo el hotel é hizo desesperar á los camareros. Había un baile público. Volvió á casa á las cinco de la mañana acompañada de un joven... que no había salido con ella... de un elegante oficial de marina, con el cual parece que se muestra muy tierna.

MARQUÉS

¿Un oficial de marina?

JOSÉ

Sí, señor; de la marina italiana. Están tres acorazados en el puerto.

MARQUÉS

Y el Conde... millonario, ¿nada sospecha?

JOSÉ

¿Quién lo sabe? Pero si no es tonto...

MARQUÉS

¡Qué! ¿No le conoce usted?

JOSÉ

Como cada año trae uuo nuevo... Unicamente las verdaderas señoras vienen siempre con su marido... (Maliciosamente.) menos cuando se quedan víudas. Ahora me parece que el joven oficial ha interrumpido la poesía de ambos cónyuges. Ayer noche llegó su madre con una señorita... su novia... ó su prima... Han tomado el departamento que dá al mar. Estas sí que se comprende enseguida que son damas de respetable familia, de una familia milanesa.

MARQUÉS

¿Milanesa? ¿Cómo se llaman?

JOSÉ

¿El señor Marqués es de Milán? Si es así, las conocerá de seguro. Se llama la señora de Alviati.

MARQUÉS

¿Alviatí? La Condesa Clotilde y Enriqneta. ¿Entonces el oficial es Luis?

JOSÉ

Creo que así se nombra.

MARQUÉS

(Entre serio y risueño.) Son algo parientes míos. Mil gracias por los informes.

JOSÉ

(Confuso.) Informes... no, yo no digo... ¿El señor Marqués tiene algo que mandarme.

MARQUÉS

¿Podrá usted decirme si esas señoras están en casa?

JOSÉ

Sí, señor; han dado orden de que se les disponga el baño para las diez, y falta poco. (Va á salir. Clotilde, Luis y Enriqueta aparecen detrás de la vidriera del fondo.) ¡Oh! señor Marqués, aquí están. (Vase por el fondo.)

ESCENA II

CLOTILDE, ENRIQUETA, LUIS y el MARQUÉS
que va á encontrarlos

MARQUÉS

¡Alto ahí!

CLOTILDE

¡Oh, Marqués!

ENRIQUETA

¿Cómo en Niza?

LUIS

¡Qué sorpresa!

MARQUÉS

El más sorprendido soy yo.

CLOTILDE

¿Viene usted de *Aix-les-Bains?*

MARQUÉS

De mi único recreo.

ENRIQUETA

¿Y vuelve usted á Milán?

MARQUÉS

Pasado mañana.

CLOTILDE

Puede ser que vayamos juntos.

MARQUÉS

Me alegraría. ¿Y Enrique?

LUIS

Mi padre no está aquí.

MARQUÉS

¿Se ha quedado en Milán?

ENRIQUETA

No. No sabemos dónde está.

CLOTILDE

(Disimulando.) Esperamos noticias suyas.

ENRIQUETA

Sí... esperamos... pero no vienen.

MARQUÉS

¿Cómo es eso? Esplicadme; ¿Enrique?...

ENRIQUETA

Se fué hace dos meses á hacer un viaje de placer por Alemania.

CLOTILDE

Nos ha escrito desde Mónaco, desde Hamburgo...

ENRIQUETA

Luego de Carlsbad, y últimamonte de Baden, hace ocho días.

MARQUÉS

Estará en Baden.

CLOTILDE

No; ya salió de allí.

MARQUÉS

¿Para?...

CLOTILDE

No se sabe (Triste.)

MARQUÉS

¿Quién os ha dicho que había salido?

CLOTILDE

Hemos telegrafiado al Cónsul.

MARQUÉS

(Sorprendido y disimulando.) ¡Bah! Se habrá perdido alguna carta No vale la pena de apurarse por ello. Quizás mientras ustedes viajan por Niza, habrá vuelto ya á Milán.

LUIS

Hemos telegrafiado á Milán.

MARQUÉS

Repito que eso debe teneros sin cuidado. (A Luis.) ¿Y á tí creo que te importará menos que á ellas?

LUIS

¡Después de un año de ausencia! Yo que pensaba abrazarle á la vez que á mi madre y...

ENRIQUETA

Y á la prima. Pero es el caso que si no tomamos nosotras

la resolución de... ¡Cuánto vale pertenecer á la marina de guerra, para gozar de este privilegio! Nadie me saca de la cabeza que esto es una mala intención del jefe de la escuadra.

LUIS

¡Enriqueta!

MARQUÉS

¿Qué te ha hecho?

ENRIQUETA

Le ha negado el permiso para ir á visitar á su familia.

LUIS

El comandante ha recibido la orden de estar dispuesto para salir de un momento á otro.

ENRIQUETA

Sí, y hace ocho días que está en el puerto; ¡y Dios sabe cuántos estará todavía!

LUIS

Esperando órdenes.

MARQUÉS

Lo cierto es que vosotros habéis venido á Niza... y creo que aún estaréis aquí muchos días.

LUIS

¡Ojalá!

ENRIQUETA

¡Quién pudiera saber dónde se halla el tío para hacerlo venir por acá, sin que supiese que aquí estábamos! ¡Qué sorpresa le daríamos! ¡Y qué placer tendría yo! Después de todo, no ha de ser difícil encontrarlo... De seguro recorrerá los puntos de baños más principales. ¿Vamos á telegrafiarle?

CLOTILDE

Esperemos á mañana. (Nerviosa.) Mañana veremos.

LUIS

Pero cada hora que pasa, es un tiempo precioso que se pierde.

CLOTILDE

Tienes razón, telegrafía; haz lo que quieras.

LUIS

(Con dulzura.) Lo que yo quiera, no; lo que tú digas, madre mía.

CLOTILDE

(Abrazándole.) Perdóname, Luis, estoy tan nerviosa...

LUIS

¿Me permites? (Baja al fondo con Enriqueta.)

CLOTILDE

(Bajo al Marqués, estrechándole la mano.) Ya he telegrafiado yo inútilmente.

MARQUÉS

¿Y no sabéis?...

CLOTILDE

¡Nada!

MARQUÉS

¿Ni sospecháis? ..

CLOTILDE

¡Muchas cosas! Es capaz de todo.

MARQUÉS

¿Ha cambiado algo en su conducta con usted?

CLOTILDE

(Amargamente.) Usted sabe la clase de hombre que es.

MARQUÉS

No obstante, abrigo esperanzas.

CLOTILDE

Yo nada espero. Debía haberlo hecho, no por mí, sino por su hijo.

MARQUÉS

Confío mucho en que lo hará.

CLOTILDE

¿Cuándo? No hablemos de ello. No quiero que Luis me

vea triste; pero presiento un gran dolor. No sé nada, lo juro, y sin embargo este silencio, este misterio de que se rodea, es para mí un augurio fatal.

ESCENA III

DICHOS y JOSÉ

JOSÉ

Cuando gusten los señores.

ENRIQUETA

Tía, ¿vienes?

CLOTILDE

(Sobreponiéndose.) Enseguida. (Al Marqués.) Vamos, que no sospechen nada. (Alto.) Conque ¿quedamos de acuerdo?

MARQUÉS

Yo me encargo de telegrafiar mañana sin falta.

CLOTILDE

Almorzamos á las doce.

ENRIQUETA

A las dos vamos á visitar el acorazado que está en el puerto. ¿Nos acompañará usted?

MARQUÉS

Con mucho gusto.

CLOTILDE

¿Vamos? (A Enriqueta.)

ENRIQUETA

¿Te quedas? (A Luis)

MARQUÉS

No tengas cuidado por él. Vigilo por su seguridad.

ENRIQUETA

Falta te hace. (A Luis, sonriendo.)

LUIS

¡No sé por qué!

MARQUÉS

Dejémosla.

ENRIQUETA

¡Cómo! ¿Se burla usted?

MARQUÉS

¿No ves que todo es pura broma?

CLOTILDE

Hasta luego, querido Marqués. (Muchos cumplimientos. Varse Clotilde y Enriqueta por la derecha.)

MARQUÉS

(Entre grave y risueño.) Me he bromeado con Enriqueta; pero de tí he sabido algunas cosas...

LUIS

¿De mí?

MARQUÉS

La intriguilla, la novela, el idilio... (Con tono paternal.) Vamos, vamos... Haces bien... ¡Muy bien!... A tu edad... con las contemplaciones del Océano... Es cosa muy natural... Solo que ahora está aquí tu prometida... Espero que no harás tonterías...

LUIS

No tenga usted cuidado.

MARQUÉS

¿De veras? ¿Ni aun tratándose de cierta americana?

LUIS

No crea usted que le hago la corte. De ningún modo. Es cierto que no me he mostrado con ella indiferente; pero... esperaba á mi madre y á Enriqueta de un día á otro... y las respeto demasiado para enredarme en una aventura, en la que siempre habría que temer un escándalo. Añada usted á eso que ahora estoy con sumo cuidado por mi padre... ¡Tener quizás que partir sin verlo!

MARQUÉS

Comprendo... pero las tentaciones de esos diablillos con

faldas, son siempre tentaciones... ¡Una americana! ¡Género peligroso!

LUIS

¡Sí, muy peligroso!

MARQUÉS

¿Eso quiere decir que la conoces bien?

LUIS

Mucho y muy poco. La primera vez que la ví, fué en Boston hace seis meses en un teatro, y le diré á usted con franqueza, que me produjo su vista viva impresión. Estaba con un principillo válaco... un jovenzuelo de veinte años ó poco más, al que dejó completamente arruinado de salud y de fortuna. Dos días después la encontré en un baile, y bailamos juntos .. pero al día siguiente tuve que partir á las Islas Canarias.

MARQUÉS

Y... (Con intención.)

LUIS

Y... ha faltado el tiempo. Hace seis días nos encontramos casualmente en la estación de Montecarlo, donde se halla con un Conde... de cierta edad... enamorado como un loco... nervioso... celoso como un turco.

MARQUÉS

No lo creo.

LUIS

Así lo dice ella; yo no le conozco. Que no logre dominar-

la no me sorprende, porque según creo, no es mujer que se deja dominar. De todos modos, ella va y viene de Montecarlo á Niza, sin darle nunca conocimiento de su salida ni de su llegada.

MARQUÉS

¿Americana y coccotte?... A la larga...

LUIS

¿Cree usted que por un capricho de algunos días, ó de algunas horas, turbase yo la dicha que espero para toda la vida? ¡Francamente!...

MARQUÉS

(Abrazándole.) Bravo, Luis, bravo. (En verdad que no parece á su padre.)

ESCENA IV

DICHOS y AUGUSTO

AUGUSTO

(Desde el fondo á Luis.) ¡Oh, querido Luis! He sabido que ha llegado tu familia.

LUIS

Sí, ayer noche.

AUGUSTO

¿Me presentarás?

LUIS

Con mucho gusto.

AUGUSTO

Te habría acompañado á la estación, pero Elisa me ha secuestrado hasta las cuatro de esta mañana. Nos hemos divertido mucho; no hemos dejado dormir á nadie con el ruido que se ha hecho en la habitación de esa loquilla.

LUIS

¡Ah! ¿Es la que ocupa la habitación del número diecinueve?

AUGUSTO

Precisamente. (A Luis.) Parece que nuestro vecino se ha quejado al dueño del hotel.

MARQUÉS

¡No he podido cerrar los ojos en toda la noche!

AUGUSTO

¡Cómo! ¿Era usted? (Éste riendo, el Marqués enojado.)

MARQUÉS

Yo mismo.

LUIS

(Haciendo las presentaciones.) El Marqués del Cerro, primo de mi padre. El señor Augusto Tomassí, oficial de caballería.

AUGUSTO

En activo servicio.

LUIS

Un calavera que he tenido el gusto de conocer en Nuewa-York.

AUGUSTO

Fuí en busca de un tío...

LUIS

Y se ha vuelto á Europa huyendo de él.

AUGUSTO

Sin conseguirlo; me persigue por todas partes.

LUIS

Tiene razón.

AUGUSTO

No la tiene.

LUIS

Le has jugado una mala pasada.

AUGUSTO

¡Calumnia!

LUIS

¿Calumnia? (Al Marqués.) Un tío que le quiere mucho.

AUGUSTO

Sí, con toda el alma.

LUIS

Que tiene cien mil duros de renta.

AUGUSTO

Lo menos.

LUIS

Que lo había llamado á su lado para hacerlo su heredero.

AUGUSTO

Así es.

LUIS

Y que, cuidando de su porvenir, le ha señalado para sus gastillos una renta de cincuenta mil pesetas al año.

AUGUSTO

Y yo, con semejante porvenir á la vista, me gastaba tranquilamente cien mil.

MARQUÉS

¿Le habrá parecido mucho?

AUGUSTO

No, al contrario. Comprendía muy bien que algunas

rubias ó morenas poseen buenas dentaduras para devorar á docenas ricas ostras de Ostende y los billetes de mil francos.

MARQUÉS

Y entonces... ¿por qué?...

LUIS

Algunas de esas rubias...

AUGUSTO

Sí, una le encendió la sangre al viejo Sardanápalo...

LUIS

Y le trastornó la cabeza al sobrino...

MARQUÉS

¿Rivales?

LUIS

Terribles, implacables...

MARQUÉS

Naturalmente, ¿el tío habrá sido el preferido?

AUGUSTO

Por desgracia ocurrió todo lo contrario; tuvimos que cerrarle la puerta.

MARQUÉS

¿Se habrá vengado?

AUGUSTO

De un modo indigno, brutal.

MARQUÉS

¿Provocándola?

AUGUSTO

Cerrándome su caja.

MARQUÉS

¡Un asedio!

AUGUSTO

Eso es. Secuestro de víveres, esperando la rendición de la fortaleza por hambre. En vista de esa conducta, huimos... pero él, siempre detrás de nosotros... por todas partes... Y al cabo de tres meses, día por día, se ha convertido en nuestra sombra, ó por mejor decir, en sombra...

LUIS

Sí, de la rubia Elisa.

AUGUSTO

No la deja un momento. Cuando no puede entrar en donde estamos, se queda de centinela á la puerta, según hizo anoche... Siempre cerca de ella... sin decir ni una palabra, mudo, como si lo fuera de nacimiento... pero con las manos llenas de joyas... la cartera llena de billetes... esperando mi liquidación con la tenacidad de un americano.

LUIS

¿Y no se te ocurre ningún medio de reconciliación?

AUGUSTO

Sí, el único; que se decidiera á largarse.

LUIS

¿A América?

AUGUSTO

Sí... al otro mundo.

LUIS

Haz un esfuerzo para convencerlo.

AUGUSTO

He procurado que se enamorara de otra, pero ¡cá! ¡Tiempo perdido! Más fácil hubiera sido que mister John se tirase de cabeza al mar.

LUIS

¿Quién es mister John?

AUGUSTO

Otro por el estilo. Casi tan original como mi tío. Cuando están juntos forman un par de tipos de lo más extraño que puedes imaginarte: son los únicos capaces de entenderse recíprocamente. Se encuentran, se saludan, se estrechan las manos... luego bostezan... ó se están horas enteras sin

pronunciar una palabra. Pero en tanto que mi tío permanece frío como el mármol, el otro se irrita como un condenado cuando le tocan la cuerda sensible.

LUIS

¿La política?

AUGUSTO

La zoología. Es presidente de una sociedad protectora de animales.

LUIS

¡Ah! Ya le conozco. El año pasado en Biarritz, no permitía nunca que presentaran en la mesa queso de Roquefort por no ver comer nada vivo.

AUGUSTO

Y el otro día sostuvo una polémica con el cocinero, porque le cortó la cabeza á un pollo.

LUIS

¡Está loco!

AUGUSTO

¡Es un estúpido!

ESCENA V

DICHOS, ELISA y ALFREDO. Elisa sale corriendo por la derecha. Alfredo la sigue lentamente, quedándose luego inmóvil. Viste sombrero de jipijapa y traje blanco de hilo.)

ELISA

(A Augusto.) ¿Almorzaremos en el jardín?

AUGUSTO

Como quieras.

ELISA

Es mucho mejor almorzar al aire libre.

LUIS

(Al Marqués.) Esta es la rubia.

AUGUSTO

(Al Marqués, señalando á su tío.) Allí está.

MARQUÉS

¿Quién?

LUIS

Su tío.

MARQUÉS

¡Ah! ¿Es ese?

AUGUSTO

Ese mismo (A Elisa.) ¿Te has bañado?

ELISA

Sí, hace un momento.

AUGUSTO

¿En qué cuarto?

ELISA

En el número catorce.

AUGUSTO

¿Y el tío?

ELISA

En el quince.

AUGUSTO

¿Comprende usted? (Al Marqués.)

ELISA

Te aseguro que esto ya se va haciendo insoportable, que no puedo más. He tenido la tentación de hacerle una visita en el baño.

AUGUSTO

¡Jé, jé! ¡Bonito cuadro!

ELISA

¡Envidiable! (Rien.)

MARQUÉS

(A Augusto contemplando á Elisa.) Tiene usted buen gusto y buena suerte. Le doy mi más cumplida enhorabuena.

LUIS

(Presentando á Elisa el Marqués.) El Marqués del Cerro.

AUGUSTO

La señorita Elisa.

ELISA

(Estrecha la mano al Marqués.) Tanto gusto en conocer á usted, señor Marqués.

AUGUSTO

(Al Marqués.) Otra cómplice del escándalo de anoche. (A Elisa.) Este caballero ha sido víctima nuestra. No le hemos dejado dormir ni un minuto.

ELISA

¡Cuánto lo siento! Pero crea usted que toda la culpa es de Carolina... ¿La conoce usted?

MARQUÉS

No, he llegado ayer y no conozco á nadie.

ELISA

No ha habido medio de hacerla callar. Yo se lo decía:

cállate, no hagas ruido. ¿No véis que los vecinos no podrán dormir? ¡Imposible! Estaba con el sistema nervioso muy escitado, y cuando le dan esos ataques, ni oye consejos ni atiende á razones. (A Luis.) Este caballerito tiene también algo de culpa en el asunto.

LUIS

¿Yo?

ELISA

Carolina no estaba nerviosa por mí.

AUGUSTO

Hazme el favor de callar.

ELISA

¿Por qué?

AUGUSTO

(Al Marqués.) ¿Decía usted, señor Marqués, que es usted pariente de Luis?

MARQUÉS

Sí, soy pariente suyo; pero no su confesor.

ELISA

¡Qué tontería! Me parece que como pariente debe usted alegrarse de que una bella y simpática muchacha... Sólo que Carolina está más nerviosa desde ayer noche.

AUGUSTO

¿Alguna mala noticia?

ELISA

Un telegrama de Alber.

AUGUSTO

Es un hombre terrible, con quien no se puede gastar bromas.

ELISA

Yo tendría miedo de hallarme á solas con él.

AUGUSTO

¿Y conmigo?

ELISA

¡Oh! Hasta de tí tengo miedo... de aburrirme... ¡Bah! ¿No comprendes que es broma? Respecto á Alber, creo que si viene á Niza, esto va á concluir mal.

MARQUÉS

Perdone usted; no he comprendido bien. Esa señora ¿es la amante del señor de Alber?

ELISA

¡Se deja amar!

MARQUÉS

Es decir, ¿acepta sus finezas?

ELISA

Ya lo creo... sin economizarle nada.

MARQUÉS

¿Creo que nadie la habrá obligado á vivir con él?

ELISA

¡De ahí nace todo!

MARQUÉS

¿Se le ha impuesto quizá?

ELISA

Por un momento.

MARQUÉS

Pero, ¿ese momento dura?

AUGUSTO

Desde hace un mes.

ELISA

Tenía por amante un barón necio, aunque millonario.

MARQUÉS

Naturalmente.

ELISA

Alber estaba enamorado de Carolina, que no le podía sufrir. Una noche, cansada de su insistencia, se vuelve al Barón y le dice: Barón, este caballero me fastidia, me aburre con sus declaraciones.

MARQUÈS

¿Y qué hizo el Barón?

AUGUSTO

Balbuceó alguna frase ofensiva.

ELISA

Alber lo abofeteó delante de todos.

AUGUSTO

El Barón no dijo una palabra; se conformó con guardarse los bofetones recibidos y no se expuso á que le dieran más.

ELISA

Carolina, humillada por la cobardía de su amante, se coje del brazo de Alber y se va con él.

AUGUSTO

¡Tableau!

MARQUÉS

(Mirando á Luis.) ¡Es una mujer peligrosa!

ELISA

Pasado el primer momento vuelve á toda su plenitud la antipatía .. pero esta vez tiene que luchar con un tipo más tenaz y más loco que ella. Después de todo hace mal; Alber es rico y buen mozo.

AUGUSTO

Todo eso es verdad.

ELISA

¡Los millonarios tienen derecho á ser respetados!

AUGUSTO

Pues yo no tengo millones.

ELISA

Pero los tiene tu tío. Tú has de ser su heredero...

AUGUSTO

¿Y si me deshereda?

ELISA

Entonces... te planto. (Rien.)

ESCENA VI

DICHOS, CAROLINA y JOSÉ

CAROLINA

(En el fondo á José.) Hoy no almuerzo. Tráigame usted una taza de café y una copa de coñac.

JOSÉ

Inmediatamente será usted servida. (Vase.)

AUGUSTO

Señorita Carolina, en este momento hablábamos de usted.

CAROLINA

¿Para criticarme? (A Luis.) ¡Ah! Buenos días, mi galante caballero. (A Augusto.) ¿Sabe usted que este caballero ha sido tan fino que me ha acompañado anoche, que se ha comprometido sólo por tener el gusto de ser galante con una dama?

AUGUSTO

¡Oh! En los acorazados hay mucha caballería.

CAROLINA

¿Y en la caballería?

AUGUSTO

Estamos todos acorazados.

CAROLINA

¡Imbécil!

AUGUSTO

¡Hermosísima! (A José, que trae servicio de café y coñac, colocándolo en la primera mesa de la derecha.) ¡Gracias! (Al mutis de José, le llama mister, y José saca copas y botella.)

ELISA

(Al Marqués, bromeando.) ¿Quiere usted ser presentado?

MARQUÉS

No, gracias. Quizás la moleste. (Pasea.)

CAROLINA

No, querido Augusto, hoy no estoy hermosa. Mi carácter y...

AUGUSTO

(Con las pinzas del azucarero en la mano, dice, procucurando dar doble sentido á la frase): ¿Dulce?

CAROLINA

Amarguísimo.

AUGUSTO

¿El carácter?

CAROLINA

El café. Mi carácter es nervioso, muy nervioso. (Augusto le da el café y bebe.) ¡Gracias! Hágame usted el favor de un poco de coñac. (La sirve Luis.) Tanke-you. Figúrense ustedes cómo estaré sabiendo que Alber...

AUGUSTO

¿Está malo?

CAROLINA

Llega á las once.

AUGUSTO

¡Es insoportable!

CAROLINA

¿Verdad que sí? Insoportable él, y todavía más insopor-

tables sus ridículos celos. Todo porque prefiero Niza á Montecarlo. Debía estarme reconocido. No tengo suerte á la ruleta, y siempre me toca perder. En cambio él no pierde nunca. Y, después de todo, es tan saludable un poco de libertad.

LUIS

¿Y un poco de franqueza?

CAROLINA

Le aseguro á usted que he sido muy franca, quizá demasiado con él, por lo mismo que es muy exigente. Yo concedo, pero no cedo jamás á exigencias. Esta es la razón por qué no he querido jamás casarme.

AUGUSTO

¿Y si él quisiera casarse con usted?

CAROLINA

¿Casarse? ¡Já, já! ¿Para qué?

AUGUSTO

Por hacer lo que los demás.

CAROLINA

¡Qué poco práctico de la vida es usted, amigo mío! Una mujer casada se arruina á sí propia, arruinando á su marido; una mujer libre, independiente...

AUGUSTO

Se enriquece arruinando á los maridos de las otras.

CAROLINA

Eso, amigo mío, está un poco exagerado, pero podremos transigir. (Se coge del brazo de Luis)

MARQUÉS

¡Ay! ¡Ay! ¡La marina está en peligro! (A Elisa.)

CAROLINA

No os escandalicéis, mi buen marino. ¿Quién sabe lo que puede suceder? A pesar de ese vulgar discurso, ¿no será posible que haya en el fondo del alma un pensamiento sano y dulce, como la vista del cielo azul, ó como las olas del Océano, donde ustedes los marinos encuentran tanta poesía?

AUGUSTO

Sí, pero muchas veces para salvarse de la poesía del Océano, se ven precisados á recurrir á la prosa de un puerto seguro.

CAROLINA

(Dejando el brazo de Luis, dice con cólera.) ¡Qué necio es usted algunas veces.

AUGUSTO

¿Y las otras?

CAROLINA

Mucho más.

ELISA

(En el fondo, mirando á la derecha, dice riendo): Miren ustedes cómo está riñendo con el camarero.

TODOS

¿Quién?

ELISA

¡El inglés! ¡El protector de los animales!

ESCENA VII

DICHOS, SIR JOHN, JOSÉ y varios caballeros. Éstos rodean á Sir John, y rien.

JOHN

(Con gesto de incomodado.) ¿De qué se rien ustedes? (A José.) Se lo prohibo á usted terminantemente.

TODOS

¿Qué es? ¿De qué se trata?

JOSÉ

Este señor, que prohibe la pesca.

JOHN

Es un lazo con premeditación. Esos pobrecitos peces tragan el mortífero anzuelo, creyendo en la honradez de los hombres.

JOSÉ

Reclame usted á la autoridad; yo no puedo impedirlo.

CABALLEROS

Sí, sí, á la autoridad. (Vanse riendo.)

AUGUSTO

Que lo lleven al manicomio. (Vase José.)

JOHN

Si hubiese estado Poggi conmigo, ya les habría dado una lección.

MARQUÉS

¿Quién es Poggi?

AUGUSTO

Un perro de Terranova. (John á Alfredo, le estrecha la mano. Se sientan en la primera mesa, bebiendo copas de coñac.)

JHON

¡Oh! ¡My dear!

AUGUSTO

(Al Marqués.) Usted verá; ahora dá principio la conversación muda.

CAROLINA

(Que ha estado hablando con Luis.) Comprendo perfectamente que queréis marcharos.

LUIS

Mi madre me espera.

MARQUÉS

(Viendo el embarazo de Luis.) ¿Luis, te quedas?

LUIS

No. ¿Quiere usted acompañarme?

MARQUÉS

Sí, vamos. (Mira á la derecha.) Allí están tu madre y Enriqueta.

AUGUSTO

Me has prometido presentarme. (A Luis.)

LUIS

Con mucho gusto. (A Carolina.) Hasta luego. (Carolina inclina la cabeza.)

AUGUSTO

(A Elisa.) Hazme llamar cuando sea hora. (El Marqués saluda á Elisa y vase con Luis y Augusto. Elisa sigue con la vista á Luis.)

ELISA

No hay que decir: es un mozo muy fino. Y luego estos oficiales de marina tienen un no sé qué.. (Irónicamente.)

CAROLINA

Conservan siempre un resto de ingenuidad.

ELISA

¡Qué delicia!

CAROLINA

Especialmente para nosotras. (Elisa mirando un brazalete que lleva Carolina.)

ELISA

¡Oh, qué bonito! ¿En dónde le has comprado?

CAROLINA

Es un regalo.

ELISA

Augusto me ofreció uno hace un mes, pero me parece que se le ha olvidado. (Alfredo se acerca á Elisa y la presenta un estuche abierto, el cual contiene una joya.)

ELISA

¡Oh! ¡Magnífico! ¡Regalo regio! Mira, Carolina.

CAROLINA

¡Preciosa joya!

ELISA

No. (Con un gesto rabioso. Alfredo se retira tranquilamente, se sienta. Sir John le sirve coñac.)

CAROLINA

¡Tonta!

ELISA

¿Sí? ¿Qué pierdo yo casándome con el sobrino y heredando al tío?

CAROLINA

Puedes perder la herencia. Y en cambio, ¿qué puedes perder casándote con el tío?

ELISA

¡Oh! (Sorprendida.)

CAROLINA

¡Nada! Ni aun el sobrino.

ELISA

No había pensado en ello.

CAROLINA

Pues aun estás á tiempo.

ELISA

Lo pensaré.

ESCENA VIII

DICHOS, JUAN, luego ENRIQUE.

JUAN

El señor Conde de Alber pregunta por la señora (Dirigiéndose á Carolina.)

CAROLINA

¿Qué hora es?

JUAN

Las once y media.

CAROLINA

No ha perdido el tiempo. Díle que pase aquí.

JUAN

Me dijo que esperaba en el salón de la señora.

CAROLINA

Pues díle que yo le espero aquí.

JUAN

Está bien. (Vase)

ELISA

¿Por qué no vas allá?

CAROLINA

Porque no me gustan las escenas de celos. Aquí, al aire libre, se verá obligado á contenerse, y no me hará pasar el mal rato que me espera allí.

ELISA

Me retiro.

CAROLINA

No harás tal: no hay nada que decir en secreto. (Enrique entra por el fondo. Al ver á Elisa se sorprende y la saluda con una ligera inclinacion de cabeza)

ENRIQUE

(A Carolina). ¡Buenos días!

CAROLINA

¡Buenos días!

ENRIQUE

Ya me tienes en Niza. (Turbado.)

CAROLINA

Podías haberte quedado en Montecarlo.

ENRIQUE

Te he telegrafiado y no has contestado á mi telegrama.

CAROLINA

Pensaba hacerlo hoy. ¡He tenido tantas cosas que hacer! (A Elisa.) ¿Quieres que vayamos más tarde á casa de madama Verger? Verás qué sombrero tan bonito me está haciendo.

ELISA

He visto uno con lila y blanco, con un ramo de rosas silvestres, que es un primor de elegancia.

ENRIQUE

(Nervioso pero conteniéndose.) ¿La otra noche has estado en el baile del Parque?

CAROLINA

Sí; no puedes imaginarte lo que me he divertido.

ENRIQUE

Habría podido acompañarte.

CAROLINA

(A Elisa.) ¿Sabes á quién encontré allí? A Leopoldo.

ELISA

De seguro te lo has encontrado en el buffet.

CAROLINA

Un poco alegre. Al salir, las piernas no le sostenían.

ELISA

Pobrecillo, enseguida se le suben los vapores á la cabeza.

ENRIQUE

(Haciendo un esfuerzo para contenerse, dice á Elisa): ¿Me permitirá usted hablar un momento á esta señora?

ELISA

¡Oh! Por mí...

CAROLINA

¡Já! ¡já! ¡Negocio importante!

ENRIQUE

¡Sí, muy importante!

CAROLINA

¿Y no podríamos dejarlo para mañana?

ENRIQUE

Tengo costumbre de decir las cosas cuando creo que es oportuno.

CAROLINA

¿Hablas seriamente?

ENRIQUE

Ya sabes que no me gustan las bromas.

CAROLINA

Pero querido... Conde, tengo miedo de que hayáis olvidado que estáis hablando con una mujer sobre la cual no tenéis derecho alguno.

ELISA

Es mejor que os quedéis solos; por lo tanto, me retiro, llevándome otro testigo importuno. (Por Alfredo.)

ENRIQUE

¡Gracias!

CAROLINA

(A Elisa y luego á Enrique con acento nervioso.) ¡Quédate! ¡No me importunes! ¡No quiero escenas!

ENRIQUE

¿Quiéres un escándalo?

ELISA

¡Por caridad!

CAROLINA

Te prevengo que esta es la última vez que presto atención á tus palabras.

ENRIQUE

Como quieras.

ELISA

Hasta luego, y que haya paz. (Se vá seguida de Alfredo por el fondo. Sir John por la derecha. Carolina se sienta y se cruza de brazos.)

CAROLINA

Sí, es mucho mejor que tengamos una explicación y que después me hagas el obsequio de dejarme en paz.

ENRIQUE

En Baden...

CAROLINA

¡Por amor de Dios! No quiero historias largas. Vamos al final.

ENRIQUE

Pues bien, el final es que cuando te he conocido habías devorado ya cuatro fortunas y arruinado algunos hijos de familia, que uno de ellos fué muerto en duelo por causa tuya y que á otro lo has convertido en un pobre idiota.

CAROLINA

Concisión digna de un cuákero.

ENRIQUE

Te llamaban la insensible; porque decían que sólo te guiaba un sentido.

CAROLINA

Y no se equivocaban. El sentido práctico.

ENRIQUE

Estás persuadida de que todas las voluntades se han de humillar ante la tuya, de que todos los intereses han de sacrificarse á tu interés. Padeces en ello una equivocación peligrosa, y más aún con un caracter como el tuyo, rebelde á todo consejo; con un temperamento nervioso, que te arrastra insensiblemente á la exaltación. No, no te sonrías. No estás ante un cadete que esgrime por primera vez sus armas. Tengo bastante experiencia de la vida y de lo que son las mujeres, para conservar ilusiones, y menos respecto de tí. Al ofrecerte mis servicios no buscaba tu afecto. No estoy en la edad en que se sueña con un idilio ó se va en pos de una poesía sentimental. Lo que ha llamado en tí mi atención ha sido tu calculada frialdad, tu refinado egoismo, tu falta absoluta de virtud. No finjas ofenderte; yo que te hablo así, acaso no valgo más. La cuestión está en considerar la vida por el lado del positivismo, ó como decías no há mucho, con un poco de sentido práctico. Yo no te estimo, pero te amo, sin cuidarme de averiguar si puede existir amor sin cariño. Lo que sé es que siento la necesidad de tenerte á mi lado. A esta fuerza de atracción sacrifico mucho; pero como entre nosotros el hablar de sentimiento es un lujo de palabras supérfluas, te diré lo que ya te he dicho otra vez. Nuestros caracteres se asemejan, y es necesario que ceda uno de los dos. Eres dueña de mi patrimonio; quiero serlo de tu conducta. Pudiste rehusarlo cuando te lo propuse... ahora no. Ahora es demasiado tarde. Te prevengo, pues,

que mañana sin falta saldremos de Niza. Iremos á donde te se antoje. Ya estás prevenida.

CAROLINA

¡Qué lástima que habiendo empezado tan bien, hayas concluído tan mal! Mi retrato no es muy lisonjero que digamos, aunque tiene algún parecido. El tuyo, en cambio, resulta perfecto. La sola diferencia que existe entre nosotros es que al menos, dentro de este egoismo frio y calculado, hallo algunas veces, raras sin duda, momentos de sensibilidad... por un capricho cualquiera. Por eso no quiero renunciar á mi independencia. En cambio tú, que tienes la pretensión de imponerte, no eres bastante dueño de tí mismo para conseguir dominarte. Yo no sé qué es lo que me has sacrificado. Me digiste que eras soltero, libre de todo compromiso, dueño absoluto de tu fortuna y de tus acciones. He aceptado tus ofertas, pero no la imposición que hoy me quieres hacer sufrir. Tú eres cínico, yo franca. Dices que me amas pero que no me estimas; yo te diré que ni te estimo, ni te amo... ni podré llegar á amarte jamás. ¿Me prohibes que vaya á los bailes sin tí? Tú mismo lo has dicho. A tu edad no se sueña con un idilio, ni tiene disculpa entregarse á esos celos salvajes. Tanto para tí como para mí, es mucho mejor poner término á esta situación insostenible. Si no quieres permanecer en Niza, eres dueño de dejarla cuando te se antoje. Por mi parte, me encuentro aquí tan bien, que me quedo.

ENRIQUE

Ya sé por qué.

CAROLINA

¿De veras? Sabes entonces más que yo.

ENRIQUE

Por telégrafo me lo han comunicado.

CAROLINA

¿Que me han visto con Leopoldo?

ENRIQUE

Con un oficial.

CAROLINA

¿De Marina?

ENRIQUE

De Marina.

CAROLINA

Es un mozo... ¿Sabes que te se parece mucho? Esto debe halagarte.

ENRIQUE

Carolina, ten cuidado.

CAROLINA

¿De qué? Nunca hablas sino en son de amenaza.

ENRIQUE

¿Quieres que provoque á ese hombre?

CAROLINA

¿Con qué derecho?

ENRIQUE

Eres mi amante.

CAROLINA

¿Sin que yo quiera serlo? ¡Basta ya!

ENRIQUE

¡Carolina! (Con tono suplicante.)

CAROLINA

¡Conde Alber! (Aparece en el fondo Enriqueta.)

ESCENA IX

DICHOS, ENRIQUETA, luego CLOTILDE, LUIS, MARQUÉS, ELISA, ALFREDO y SIR JOHN

ENRIQUE

Yo... (Con tono amenazador, furioso.)

CAROLINA

¡Conde Alber! (Fuerte.)

ENRIQUETA

(Permanece perpleja en la puerta del fondo. Reconociendo á Enrique va á su encuentro, diciendo para sí): ¡Conde Alber!... ¿Alber?... Pero, ¡qué, Alber! ¡Es él! ¡Mi tío! ¡Querido tío! (Le abraza.)

ENRIQUE

¿Tú aquí?

ENRIQUETA

Y la tía también... y Luis. (Corre á la derecha y llama.) Tía... corre... ha llegado... ¡Luis, Luis! ¡Ha llegado el tío!

CLOTILDE

¡Enrique! ¿Dónde está?... ¡Ah! (Le abraza.)

ENRIQUE

¡Clotilde, Luis! (Casi sin poder hablar. Se dirige á Luis.)

LUIS

¡Padre mío! (Abrazándole.)

ENRIQUETA

No ha podido ir á Milán y hemos venido nosotras á Niza. ¿Te lo esperabas? No; tampoco nosotras te esperábamos. (A Luis y Clotilde.) Lo he visto de lejos y me dije: ¿será ó no será?... ¡Dí una carrera! El estaba de espaldas... pero lo reconocí como si le viese la cara... ¡Alber! ¡Es el tío! (Recordando para explicarse.) Ya .. aquella señora te llamaba ¡Conde Alber! (Enrique queda confuso. Luis profundamente distraído mira á Carolina. El Marqués le coge de un brazo. Clotilde sorprendida al ver á los demás.)

ENRIQUE

He comprado una finca.

ENRIQUETA

¡Ah! Pues en lo sucesivo (En tono de broma.) te llamaremos el Conde Alviati de Alber.

CAROLINA

Señor Conde Alviati, le dejo entregado á los cariñosos afectos de la familia. (Clotilde y Enriqueta la miran.)

ENRIQUE

Señora...

CAROLINA

(Viendo que Luis dá un paso adelante como para impedir una presentación, dice con frialdad é ironía.) ¡Oh! Ruego al señor Conde... No es este momento á propósito para una presentación. Luis, doy á usted un millón de gracias por todas sus galanterías. (Va á la izquierda, donde están Elisa y Augusto.)

ENRIQUE

¿Conoces á esa señora? (Con curiosidad á Luis. Este con frialdad.)

LUIS

Sí. (Se miran ambos. Carolina y Elisa se rien como burlándose.)

TELÓN.

FÍN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón del hotel.—Al fondo gran terraza sobre el jardin con vista al mar. A derecha é izquierda puertas. Una mesita á la izquierda.

ESCENA PRIMERA

El marqués sale por la puerta izquierda, atraviesa la escena, y al llegar á la puerta derecha sale Enrique.

MARQUÉS

Enrique, ¿has estado con Clotilde?

ENRIQUE

Sí.

MARQUÉS

¿Para hacer creer á esa infeliz que Luis es el amante de Carolina?

ENRIQUE

Y lo es.

MARQUÉS

No es verdad.

ENRIQUE

Tengo pruebas de ello.

MARQUÉS

¿Qué pruebas? Enrique, sabes muy bien que soy el único individuo de la familia que se ha atrevido siempre á decirte la verdad, y que lo hago porque te conozco, y sé que en el fondo no eres malo, que tu corazón no está corrompido. Es menester que seas hombre. Has tenido un capricho, le has satisfecho: ¡basta!

ENRIQUE

No es un capricho.

MARQUÉS

¿Pues qué es?

ENRIQUE

Un delirio, una locura.

MARQUÉS

Si quisieras, harías por vencerte.

ENRIQUE

La voluntad más fuerte es la que suele ántes quedar vencida.

MARQUÉS

¿Y qué vas á hacer?

ENRIQUE

Lo ignoro.

MARQUÉS

¿Qué esperas?

ENRIQUE

No lo sé, no lo sé. Confieso que á los cuarenta y ocho años es ridícula esta lucha sensual... este deseo que me abrasa y me conduce á donde no quisiera ir.

MARQUÉS

Enrique... (Con dulzura.)

ENRIQUE

Es una fatalidad.

MARQUÉS

¡La fatalidad!... Esa es siempre la escusa de los débiles y de los culpables.

ENRIQUE

Yo no soy débil, ni era culpable.

MARQUÉS

Enrique, has perdido la razón.

ENRIQUE

¿Y para qué me serviría?

MARQUÉS

Para recordarte las obligaciones que tu conciencia ha contraído.

ENRIQUE

Mi conciencia está tranquila como la de un legislador. Tomo lo que la ley me concede.

MARQUÉS

La ley no te manda engañar durante veintiseis años á una pobre mujer, prometiéndole siempre legitimar vuestra union.

ENRIQUE

¿Repruebas el mal que hice, y no el que me han hecho?

MARQUÉS

¿Quién te lo hizo? ¿Clotilde? ¿Tienes alguna queja de ella?

ENRIQUE

No.

MARQUÉS

¿Entonces?...

ENRIQUE

(Con amargura) ¡Oh! ¡Bien lo sabes!

MARQUÉS

¿Porque hace veinte años has sufrido un gran dolor, un fatal desengaño?

ENRIQUE

¿No amaba con todo mi corazón á mi mujer?

MARQUÉS

Sí, ¡pero ella no te amaba!

ENRIQUE

¡Y se casó conmigo!

MARQUÉS

Por interés, y esa es la causa de que te hiciese traición. Pero en cambio, has encontrado un consuelo y una venganza. El consuelo, porque huyendo con la amante evitaste el ridículo de las secretas burlas de la adúltera, la cual, dejándote viudo á los veintidos años, te vengó y te devolvió la libertad.

ENRIQUE

(Con ironía.) ¿Y despues de eso, debo procurar de nuevo el goce de una familia legítima?

MARQUÉS

(Con dulzura) ¿Por qué te has creado una familia falsa?

ENRIQUE

¿Y tú lo repruebas? ¿Tú, que has clamado más que nadie por el nombre de nuestra familia?

MARQUÉS

Sí, he clamado, y seguiría clamando si hoy estuviéramos

en el mismo caso que ayer. Tu familia era demasiado conocida en Palermo, y ni parientes ni amigos habrían aprobado nunca este segundo matrimonio con una muchacha pobre y de familia humilde. Tú hiciste algo por tí y algo por nosotros. Te fuiste á establecer en Milán, donde presentaste á Clotilde como á mujer propia. En los veintiseis años transcurridos, el tiempo ha puesto en relieve todas sus bellas cualidades. Hoy me consideraría dichoso viéndola ocupar en nuestra familia su puesto de esposa y madre. ¡Enrique, vuelve en ti! Aún puedes recobrar la dulce paz del hogar doméstico con el cariño de una mujer como Clotilde y de un hijo como Luis.

ENRIQUE

(Pensativo.) ¡Deseaba tanto abrazarlo! ¡Un año hace que no lo veía! ¡Un año que lo sigo con el corazón y el pensamiento! ¡Y hoy la fatalidad me lo arranca de los brazos y me lo pone enfrente para que me lance sobre él!

MARQUÉS

¿Estás loco?

ENRIQUE

¡Te digo que lo sé! ¡Casi me lo confesó ella misma!

MARQUÉS

¿Y eso es una prueba?

ENRIQUE

Aun cuando él se hallase como yo, con la razón turbada y la sangre que me ahoga... En fin, ¡no quiero, no quiero!

MARQUÉS

¡La razón turbada tú! ¡Por una mujer que se vende!

ENRIQUE

¡Y que yo desprecio!

MARQUÉS

Si la despreciáras...

ENRIQUE

Si la estimase, quizás no la amaría. He emprendido un largo viaje por el camino del vicio, y no paro hasta no llegar al fin.

MARQUÉS

¡Cálmate, viene gente!

ENRIQUE

Vámonos... no quiero ver á nadie.

MARQUÉS

¡Estás muy alterado!... Ven conmigo, bajemos al jardín. ¡Animo, ánimo! ¡Tú vencerás!... (Se van por la terraza.)

ESCENA II

JOSÉ acompañando á varios caballeros que se asoman á la terraza. SIR JOHN, AUGUSTO, ELISA, CAROLINA y ALFREDO

JOSÉ

Vengan ustedes, desde aquí se ve muy bien.

CABALLERO 1.°

¿Dá al puerto este mirador?

JOSÉ

Sí, señor.

CABALLERO 2.º

¿Cuánto dista de aquí?

JOSÉ

Tres kilómetros.

JOHN

Ya se vé el humo. (Con anteojos)

JOSÉ

Perdón, milord, aquello es una nube.

JOHN

Te digo que es la escuadra.

JOSÉ

No es la escuadra. Son dos vapores de las Mensajerías y dos yachts.

ELISA

(Por la izquierda.) Carolina, ven pronto que se va la escuadra.

JOSÉ

¡Oh! No tenga usted cuidado. Todavía no levó anclas.

ELISA

(A Carolina que mira con recelo.) ¿Qué miras? No está.

CAROLINA

Estoy contrariada; temo volver á tropezar con él.

ELISA

Pero, ¿has visto? Con toda una familia.

CAROLINA

¡Si él me importase algo, pronto me podría vengar.

ELISA

(Con aire cómico.) ¡Inspirando celos entre el padre y el hijo!

AUGUSTO

Sí; eso sería una venganza árabe. Es usted mujer hecha de encargo para realizar imposibles. Tanto es así, que voy á proponer una cosa digna de usted.

CAROLINA

¿Qué es ello?

AUGUSTO

Que se haga usted amar de mi tío. Hágale que me restituya lo presente y me dé esperanzas de lo venidero.

CAROLINA

(Mira maliciosamente á Elisa.) ¿Ha pensado usted bien la proposición que me hace?

AUGUSTO

Antes la hubiera hecho, si no estuviese por medio Alber. Carolina, sé que con usted se puede tratar á la americana.

CAROLINA

Y Elisa, ¿qué me dice?

ELISA

Que no es difícil para tí.

AUGUSTO

Por el contrario, ¡facilísimo!

CAROLINA

Querido Augusto, en el juego que me propone usted, corre grave riesgo.

AUGUSTO

¿Por qué?

CAROLINA

¿A cuánto asciende su fortuna?

AUGUSTO

(Sonríe, mirando á Elisa.) Pero...

CAROLINA

Sobre poco más ó menos. Cifra redonda.

AUGUSTO

¿Cifra redonda? Cero.

CAROLINA

¿Y si consigo que su tío de usted se enamore de mí?

AUGUSTO

Entonces estoy salvado.

CAROLINA

¿Y si se casa conmigo?

AUGUSTO

¿Si se casa con ella? (A Elisa.)

ELISA

Te planto.

AUGUSTO

(Bromeando dice precipitadamente.) Sí, sí, mejor será dejar las cosas como están. Gracias por la advertencia. La tendré presente. (Va al mirador con los otros caballeros. Alfredo se acerca lentamente á Elisa.)

CAROLINA

(Señalándolo.) ¡Já, já! ¡Ya lo tenemos aquí!

ELISA

Sí; pero no habla.

CAROLINA

¿Por qué?

ELISA

Porque pretende que sea yo la primera.

CAROLINA

Tú no harás eso.

ELISA

¿Quién sabe?

CAROLINA

¡Hola, hola! ¿Pensamos en capitular?

ELISA

(Arrepentida.) ¡Es demasiado feo!

CAROLINA

Sí; pero cien mil duros de renta...

ELISA

No me hagas caer en la tentación.

CAROLINA

Si te dijese que yo estoy pensando...

ELISA

Serías capaz... (Sorprendida.)

CAROLINA

¿Por qué no? (Remedándola.)

ELISA

¿Convertirte en la señora Tomassí?

CAROLINA

¡No es mala idea!

ELISA

Haz la prueba. Por mí no tengas reparo.

CAROLINA

(Burlándose para desesperarla.) Sí que probaré. ¿Estás contenta?

ELISA

¡Contentísima!

TODOS

Allí van. Ya salen los vapores.

AUGUSTO

Uno, dos, tres, cuatro. Cuatro vapores salen á regatear.

JOHN

¡Hermoso golpe de vista!

ELISA

Ven, ven. (A Carolina. Al ir hacia el mirador se encuentran con Luis que sale por la derecha. Al verlas procura evitar el encuentro. Carolina le para con el gesto.)

ESCENA III

DICHOS, LUIS y luego ENRIQUE

CAROLINA

Creo no haber hecho nada que os moleste. (Luis saluda con frialdad, pero sin responder.) Y después de todo, la ofendida soy yo.

LUIS

(Con embarazo.) Señora...

CAROLINA

No acuso á nadie. Lo he olvidado todo y he prescindido de todos; pero vuestra... (Busca la palabra.) estimación, no, no puedo llamarla así.. vuestra amistad... tampoco, es mucho... vuestra bondad... si, eso es... A vuestra bondad creo que tengo derecho. Sabed pues... (Enrique sale por el mirador; al verlos se queda triste y pensativo. Luis hace una seña á Carolina para que no continúe. Carolina, viendo á Enrique, hace un gesto de disgusto y contrariedad. Vé que Enrique la va á seguir, y le dice entonces con marcada intención.): Continuaremos después. Hasta la vista. Elisa, ¿quieres acompañarme?

ELISA

(¿Tienes miedo de que te siga?)

CAROLINA

(A Luis.) Hasta luego. (Vánse por la izquierda. Alfredo las sigue.

ENRIQUE

(Con tono airado.) ¿Has visto al Almirante?

LUIS

Vengo ahora de verlo.

ENRIQUE

¿Has obtenido el permiso?

LUIS

He presentado mi dimisión.

ENRIQUE

¿Sin consultarme?

LUIS

Se lo dije á mi madre. Tú no estabas.

ENRIQUE

La retirarás inmediatamente.

LUIS

¡Padre!

ENRIQUE

(Respetuoso, pero serio.) ¡Digo que la retirarás! ¡Antes de de disponer de tu espada, debías consultarme, pues á nadie se la debes más que á mí, á mí solo!

LUIS

¡Nos están mirando!

ENRIQUE

¡Que miren cuanto quieran! Creo tener el derecho de hablar alto á mi hijo. (Movimiento de respeto y disgusto en Luis. (Con tono imperioso): Inmediatamente vas á retirar la dimisión. (Vase por la izquierda. Clotilde entra por la derecha, y ha escuchado las últimas palabras de Enrique, y va hacia Luis.)

ESCENA IV

LUIS y CLOTILDE

CLOTILDE

(Con dulzura.) Te había dicho que hablases antes con él.

LUIS

No me he atrevido; no es el mismo de hace un año. ¿Por qué me trata de la manera que lo hace?

CLOTILDE

Luis, tú no eres capaz de mentir á tu madre... ¿Continúas amando á Enriqueta?

LUIS

¿Por qué me lo preguntas?

CLOTILDE

¿Has presentado la dimisión con objeto de apresurar la boda?

LUIS

Sí. (Con excitación. Movimiento de curiosidad en el grupo del mirador.)

CLOTILDE

(Indica al grupo.) ¿Qué es eso?

LUIS

Serán los vapores de las regatas, que habrán pasado.

AUGUSTO

Ahora se verán desde el jardín. (Vánse todos por la derecha.)

CLOTILDE

(Coge la mano de Luis.) ¿Me juras que no hay en tu conducta nada censurable?

LUIS

Te lo juro.

CLOTILDE

(Lo abraza.) Ya sabía yo que no podía ser verdad.

LUIS

Pero, ¿qué te han dicho? ¿Quién ha podido hacerte dudar de mí?

CLOTILDE

Nadie, nadie. ¿Cómo podía sospechar mal de tí? El que ha querido hacérmelo creer... lo hacía por un sentimiento del que no se puede dudar. Yo soy quien tiene miedo por aquella criatura que te ama con delirio.

LUIS

(Con amargura.) ¡Y mi padre!... (Se arrepiente y dice con dul-

zura): Yo le probaré que no ha tenido razón de creerlo. Dentro de dos días, lo más tarde, volveremos á Milán. Mi padre estará contento... de hallarse entre sus amigos, con su familia... después de tres meses de ausencia... ¿No te ha dicho si tendrá gusto en volver á nuestro país?

CLOTILDE

No hemos hablado de eso. (Evitando la contestación.)

LUIS

Por sus palabras podrás haberlo adivinado.

CLOTILDE

¡Chée! (Con violencia.)

LUIS

¡Él siempre ha sido contigo cariñoso!

CLOTILDE

Sí, siempre. (Con esfuerzo.)

LUIS

¿No has tenido nunca motivo alguno para quejarte de su proceder?

CLOTILDE

Nunca.

LUIS

¿Te ha respetado siempre, te ha hecho respetar?

CLOTILDE

Siempre.

LUIS

Me acuerdo de aquellos días venturosos, de las muchas pruebas de cariño que te daba contínuamente cuando salí del colegio.

CLOTILDE

Sí. (Conmovida.)

LUIS

(Con intención.) Yo me decía siempre: cuando tenga familia... la educaré como me han educado á mí en este santuario tranquilo, donde la mujer tiene una noble misión de paz... y me figuraba que mi consorte debía guiarme con dulzura y cuando estuviese á punto de olvidar mis deberes, atraerme á la familia con ternura de esposa y con bondad y cariño de mujer. Siempre te tenía presente, porque comprendía que esa era tu conducta. ¿No es verdad que habrías obrado de ese modo si te hubiéras hallado en el caso de hacerlo? (Clotilde vuelve la cara y se enjuga los ojos.) ¿Qué tienes, madre mía?

CLOTILDE

Nada.

LUIS

(Con curiosidad.) Tú no me lo has dicho todo.

CLOTILDE

Todo.

LUIS

No. (La coge la mano.)

CLOTILDE

(Con tono afable, pero seria.) Te juro, hijo mío, que te he dicho todo cuanto te debía decir... No tengo nada, nada que añadir. No, Luis, basta... necesito tranquilidad; déjame, te lo ruego.

ESCENA V

DICHOS y ENRIQUETA

ENRIQUETA

(Sale corriendo por la izquierda. Al ver á Luis vate palmas de alegría.) ¡Ah! ¿Estás aquí? Tenían razón; pero he querido convencerme por mis propios ojos.

LUIS

¿De qué?

ENRIQUETA

Sí, quiero decirlo. Ahora no me importa que te rías de mí, casi me gusta, porque hace pocos minutos... ¿me perdonas? creí que habías partido sin decirme adiós.

LUIS

¿Quién habló contigo?

ENRIQUETA

Ninguno; ¡pero el tío es tan malo conmigo! Siempre que

le hablo de tí me vuelve la espalda ó se le excitan los nervios. En todo el día no te he podido ver. El tío paseaba en el jardín. Corrí á su encuentro para preguntarle... Estaba un poco incomodado, pero tuve valor y le dije: «tío, ¿has visto á Luis?» «¿Qué quieres de Luis?» «¿Cómo, qué quiero?» «Sí, ¿qué crees tú, pobre demente?» «Tío, yo no creo nada.» «Pues bien, vendrá el tiempo del desengaño hasta para tí. ¿Quieres saber lo que es el amor? Mira, ¿ves allá á lo lejos aquel humo? Es un buque que sale del puerto. El buque continuará su viaje, dejando detrás de sí el humo que desaparece.» Yo no comprendí ni una palabra... ni me atreví siquiera á pedirle explicación; lo único que entendí, fué que se trataba de humo que desaparecía en el aire... de un buque que partía... me vuelvo y veo dos, luego tres, luego cuatro... Es la escuadra que se vá. ¡Es Luis que se vá en ella! Me pongo á correr como una desesperada... lloraba, gritaba... tanto, que algunos me han tomado por loca; pero luego vino tu amigo Augusto y me aseguró que estabas aquí y ya no lloro ni grito... Ya veo que es verdad... que estás aquí... que estás aquí.

CLOTILDE

¿Y le has creído capaz de marcharse sin decirte nada? ¿Quiere decir que harías tú otro tanto?

ENRIQUETA

Tía, ¿qué culpa tengo yo si me lo dicen? ¿Ves aquel buque que parte? ¡Es tu amor que se va!... Y el amor mío, ¿no es él? ¿Cómo había de figurarme que el tío me creyese enamorada de los vapores de las Mensajerías?

LUIS

No tienes razón.

ENRIQUETA

¿Por qué?

LUIS

Porque si me dijeran: Enriqueta se ha marchado sin tener tiempo de decirte una palabra, ni de escribirte una línea, no lo creería.

ENRIQUETA

Seguro; pero hay una gran diferencia: tú eres hombre, y los hombres, cuando se marchan, parece que lo hacen á propósito para no tener tiempo ni de decir adiós. Luego eres marino, y un oficial de Marina que vuelve á bordo con las lágrimas en los ojos, hace reir; y la disciplina, el reglamento prohiben... ¡no, no! Tienes razón... Cuando me digan otra vez... «Luis se ha marchado,» contestaré: no es verdad, usted está loco. Si yo misma te viese, me diría: estás loca. Y si me lo digeses tú, enseguida te diría: mi querido teniente, no me engañas la segunda vez. (Clotilde pasea por el fondo. Luis bromeando.)

LUIS

Y, sin embargo, ¿quién sabe?

ENRIQUETA

No, no me engañas.

LUIS

¿Supongamos que dentro de dos ó tres días me marcho?

ENRIQUETA

¡Supongamos que me voy contigo!

LUIS

El reglamento lo prohibe.

ENRIQUETA

En la escuadra, pero no en el ferrocarril.

LUIS

¿Luego, tú crees?...

ENRIQUETA

Que nos volvemos á Milán.

LUIS

A nuestra casa.

ENRIQUETA

Y que el año próximo iremos á París.

LUIS

A donde quieras.

ENRIQUETA

No, no; á donde tú quieras. (Enseñándole la flor que lleva en el pecho.) ¿No me pides nada?

LUIS

No sé...

ENRIQUETA

¿No la quieres? La he cogido para tí.

LUIS

Enriqueta, eres un ángel.

ENRIQUETA

(La besa y se la da.) Toma, procura conservarla.

ESCENA VI

DICHOS y ENRIQUE

ENRIQUETA

(Al ver á Enrique.) ¡Ay! Vámonos! ¡Vámonos! ¡Déjalo con tu madre! (Vánse Enriqneta y Luis por la derecha.)

CLOTJLDE

He hablado con Luis.

ENRIQUE

¿Y qué dijo?

CLOTILDE

No es verdad. Te han engañado.

ENRIQUE

Ha mentido.

CLOTILDE

¡Mentir Luis! ¿Qué pruebas tienes? Necesito pruebas para perder la fe en la única persona que me queda: en mi hijo. (Movimiento de disgusto de Enrique.) ¡Oh! ¡Sí, la única persona! Hace muchos años que he perdido toda ilusión. No temas

nada, no voy á representar una escena trágica. Siempre que se ha tratado de mí he callado sin lamentarme de nada. Pero cuando se trata de mi hijo, ¿crees que tiene en su sangre tus instintos y tu cinismo? Lo he educado yo, ¿comprendes? Te lo repito: para creerte, necesito pruebas.

ENRIQUE

Digo lo mismo que tú. ¿Se trata de mí? Acúsame, no me defiendo; pero tratándose de Luis, debes creerme. Lo que te dije ayer, te lo repito ahora. Una pasión á los veinticinco años es terrible, y esa mujer es capaz de todo.

CLOTILDE

Pero ¿no ves que dentro de algunos días, tal vez mañana, partirá Luis?

ENRIQUE

¿Y quién te asegura que ella no le siga?

CLOTILDE

¿Qué esperanza puede abrigar?

ENRIQUE

¿Qué esperanza? La certeza.

CLOTILDE

¿Certeza de qué? No puede haberle prometido nada.

ENRIQUE

¿Qué sabes tú?

CLOTILDE

¡Dios mío! ¡Enrique, me asustas!

ENRIQUE

No, te muestro el peligro.

CLOTILDE

¿Pero esa mujer ama á Luis?

ENRIQUE

¿Crees que esa clase de mujeres han amado ó pueden amar alguna vez? El capricho, el cálculo, la venganza...

CLOTILDE

¿La venganza?

ENRIQUE

Muchas veces, sí, la venganza

CLOTILDE

Vengarse. ¿De quién?

ENRIQUE

De mí... de tí... de Enriqueta.

CLOTILDE

¿Qué le hemos hecho?

ENRIQUE

Entre ella y Luis hay un obstáculo... yo, tú, Enriqueta...

CLOTILDE

¿Te ha dicho ella?...

ENRIQUE

¿Necesitaba acaso que me lo dijese?

CLOTILDE

Pero Luis me ha jurado que no es verdad. ¡No es verdad!

ENRIQUE

¡Ella no me lo ha podido negar!

CLOTILDE

Enrique, en tu palabra, en tu acento, encuentro algo que no sé explicarme. Déjame creer que Luis no es culpable... Creo que careces de la calma necesaria.

ENRIQUE

¿Y si te digo que hoy he vuelto á ver á esa mujer, resuelto á todo, para conocer la verdad?

CLOTILDE

¿Y qué?

ENRIQUE

No ha querido recibirme .. (Acción de Clotilde.) No ha querido recibirme. ¿Por qué? Agrega á esto la dimisión de Luis sin consultarme... dimisión que encubre un designio... una fuga.

CLOTILDE

(Irritada.) ¡Oh! ¡No, Enrique! El peligro te turba y te

hace ser injusto. De todos modos, si el peligro existe, es necesario evitarlo... combatirlo. Puedo conservar la fe; pero no debo negarte mi concurso. (Toca el timbre y escribe una carta con precipitación, que entrega al camarero.) Se trata de mi hijo... de su felicidad.

ENRIQUE

¡Qué quieres hacer? (Aparece José, al que habla bajo. Váse José.)

CLOTILDE

(Á Enrique.) He hecho llamar á esa mujer.

ENRIQUE

Has hecho mal.

CLOTILDE

¿Crees que la voy á recibir donde esté Enriqueta?

ENRIQUE

Creo simplemente que no debes recibirla. El sentimiento maternal no te ha permitido comprender las consecuencias del paso que has dado.

CLOTILDE

¡Puede ser!

ENRIQUE

Estamos en un hotel, y todos tienen el derecho de hacer comentarios. Podías haber tenido la atención de consultarme antes de mandar esa carta... habría podido aconsejarte.

Ahora no hay más remedio que buscar el mejor modo de evitar la entrevista.

CLOTILDE

Quizás no venga.

ENRIQUE

Al contrario, vendrá enseguida.

CLOTILDE

Entónces ¿por qué razón no ha querido recibirte?

ENRIQUE

Porque mi visita para ella no tenía nada de agradable, mientras que ahora estará orgullosa del honor que le dispensas llamándola.

CLOTILDE

¿Y cómo lo arreglaremos?

ENRIQUE

(Despues de pensar un momento.) Vuélvete á tus habitaciones. Cuando ella venga estaré ocupando tu puesto.

CLOTILDE

¿Le hablarás tú? (Lo mira con fijeza.)

ENRIQUE

Sí, yo.

JOSÉ

La señorita Carolina viene enseguida.

ENRIQUE

Gracias. (Váse José.) ¿Lo vés?

CLOTILDE

(Con cariño, bajando la voz.) Te espero. Ya que no has hecho feliz á la madre, procura asegurar la felicidad del hijo. Con eso me contento. (Váse derecha.)

ENRIQUE

(Pasea con paso precipitado. Se pasa la mano por la cabeza. Vé á Carolina que viene por la izquierda. Se arregla un poco, y con tono decidido dice:) Aquí está; ahora nos veremos.

ESCENA VII

DICHO y CAROLINA

CAROLINA

(Al ver á Enrique no puede reprimir un gesto de sorpresa.) ¿Usted aquí? Conde Alber, está usted jugando una partida en la que puede perderlo todo y no ganar nada.

ENRIQUE

¿Quién sabe?

CAROLINA

Lo sé yo, que no he de prestarle oidos. Usted cree ser el más astuto; yo seré siempre la más fuerte. No sé cómo ha podido usted inducir á su mujer á que me llame para dejarme sola con su marido. Pero yo, menos ingénua que ella,

ruego á usted que me deje volver tranquilamente á mi habitación.

ENRIQUE

¿A quién teme usted? A mano tiene un timbre. Puede llamar y hacer venir aquí á todo el mundo. ¿Qué condiciones quiere usted imponerme? Una sola palabra suya hará desaparecer todos los obstáculos... Aceptaré toda clase de exigencias. De todo soy capaz... Usted lo sabe. Ya está viendo que no le hablo como ántes. Ahora ruego, pero estoy decidido á todo porque vuelva usted á ser mía.

CAROLINA

Me lo impiden muchas razones.

ENRIQUE

¿Cuáles?

CAROLINA

Es inútil.

ENRIQUE

Porque la honestidad impide amar al hijo, siendo amante del...

CAROLINA

No es mi honra la que me impide hacer ciertas cosas, es mi buen sentido; que es precisamente lo que á usted le falta.

ENRIQUE

¿Y por qué no dice usted mi buen corazón?

CAROLINA

Por no hacerle reir.

ENRIQUE

Así lo creería más fácilmente. ¡Me ha dado usted tantas pruebas!

CAROLINA

Son cosas que no se explican, querido... Alber. Puedo muy bien haber devorado, como usted dice, muchas fortunas; puedo haber hecho mucho daño á muchos hombres; pero jamás he querido hacer nada en contra de las mujeres. Es un modo de ver las cosas como otro cualquiera. Si me hubiera usted dicho que en vez de ser libre tenía una mujer y un hijo, sin tardanza le hubiera puesto en la calle con sus doscientas mil pesetas de renta. Algunas veces las mujeres como yo, tal vez porque han perdido el derecho al respeto de los demás, buscan medios de tranquilizar un tanto su conciencia... Jamás permitiré á nadie que trate de penetrar en el sagrado de la mía. Téngalo usted en cuenta de ahora para siempre, y así no me obligará á repetir contínuamente una misma cosa.

ENRIQUE

Carolina, no puede usted imaginar el efecto que me producen sus palabras.

CAROLINA

Pues está muy claro.

ENRIQUE

No, porque estoy dispuesto á todo para conseguir su apre-

cio. Puedo ofrecer á usted una prueba... una prueba irrecusable.

CAROLINA

¿Cuál? ¿Arruinarse? No lo necesito. ¿Casaros conmigo? La ley no lo permite.

ENRIQUE

¿Por qué? (Con voz trémula.)

CAROLINA

(Con estupor.) ¿Cómo, por qué? (Pausa. Adivinando el significado de sus palabras.) ¿La Condesa no es vuestra mujer? (Enrique con excitación, hace un supremo esfuerzo y dice con la cabeza que nó. Pausa.) ¡Ah! ¡No es verdad!

ENRIQUE

¿No es verdad?

CAROLINA

(Con rapidez.) La prueba, quiero la prueba.

ENRIQUE

(Saca una carta de la cartera, duda, se vence y dice): Esta carta es la última que he recibido de ella, hace un mes.

CAROLINA

(Toma la carta con rabia, deshaciéndola casi entre las manos; muy conmovida, se esfuerza y dice con frialdad): Señor de Alber, ha hecho usted mal en revelar este secreto, después de tantos años, si antes no lo había hecho ya. Semejante confesión

ha producido un efecto contrario al que deseaba usted. Ahora le diré con franqueza que si hay en el mundo álguien capaz de inspirarme un sentimiento sincero y elevado, es su hijo, porque he visto en él un hombre bueno, afectuoso, lleno de ternura para su madre y para usted, que en verdad no la merece. Adiós.

ENRIQUE

(Con violencia.) Devolvedme antes esa carta.

CAROLINA

(Poniendo la mano sobre el timbre.) Si da suted un sólo paso...

ENRIQUE

¡Mi carta!

CAROLINA

Está en mi poder... No lo dude usted.

ENRIQUE

(Queriendo acercarse.) ¡Carolina!

CAROLINA

¿Quiere usted que repita delante de todo el mundo lo que le he dicho á usted solo?

ENRIQUE

¡La recobraré! (Amenazando.)

CAROLINA

¡Es posible!

ENRIQUE

¡Es usted una mujer infame!

CAROLINA

Así me lo figuraba yo; pero ahora que usted me lo dice... principio á dudarlo. (Vase por la izquierda. Enrique queda como trastornado, tratando de coordinar sus ideas.)

ESCENA VIII

DICHO, ENRIQUETA, luego CLOTILDE, LUIS y JOSÉ

ENRIQUETA

(Se acerca dulcemente á Enrique. Este se vuelve bruscamente. Ella se asusta.) ¡Tío!

ENRIQUE

¿Quién es?

ENRIQUETA

Soy yo.

ENRIQUE

¿Qué quieres?

ENRIQUETA

Si quiere saludarlo, no se vaya.

ENRIQUE

¿A quién?

ENRIQUETA

Hasta la noche no vuelve.

ENRIQUE

¿Pero quién?

ENRIQUETA

¡Luis!

ENRIQUE

¡Luis! ¡Luis! (Incomodado.) Parece que te has empeñado...

ENRIQUETA

¡Tío! (Asustada.)

ENRIQUE

¿No comprendes que me excitas los nervios?

ENRIQUETA

(Va al encuentro de Clotilde.) No sé qué tiene conmigo el tío.

CLOTILDE

(A Enrique.) ¿Qué la has dicho?

ENRIQUE

Nada.

CLOTILDE

¡Llora!

ENRIQUE

Estoy nervioso .. furioso. . (Acción de Clotilde.) Pero no con ella.

CLOTILDE

(Adivinando que habla de Luis.) ¿Pues con quién?

ENRIQUE

No has querido creerme, y sin embargo...

CLOTILDE

¿La has visto?

ENRIQUE

¡La he visto! Si hubiese abrigado alguna duda, lo que acabo de oirle me habría hecho adquirir plena certidumbre. Pero todavía no he pronunciado la última palabra. (Vase por la izquierda.)

CLOTILDE

(Mira á Luis, que sale por el mirador.) ¡Mi hijo nos engaña!

ENRIQUETA

¿Te ha dicho por qué me trata así?

CLOTILDE

Enriqueta, déjame un momento con Luis.

ENRIQUETA

¿Pero te ha dicho?...

CLOTILDE

Haz lo que te encargué antes; anda, hija mía.

ENRIQUETA

¡Todos me rechazan! ¡Hasta la tía!

CLOTILDE

No, hija mía, te equivocas; tu tía te quiere mucho.

ENRIQUETA

¿Y tú? (A Luis, más contenta.)

LUIS

Más que nunca.

ENRIQUETA

Entonces menos mal. (Vase por la derecha.)

LUIS

¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que tienes que decirme?

CLOTILDE

Óyeme, Luis; había prometido no decirte nada, pero no puedo mantener mi promesa. ¡Confíesamelo todo, todo!... Cuenta, desde luego, con mi perdón.

LUIS

(Triste y grave.) Puedes decir cuanto quieras; no tengo de-

recho ni para ofenderme de las sospechas que abrigues de mí.

CLOTILDE

Hice llamar á esa mujer. (Movimiento de Luis.) No la he visto, no la he hablado. Pero álguien que tenía el derecho de hacerlo... diré más... que tenía la obligación ..

LUIS

¡Mi padre! (Con disgusto.)

CLOTILDE

(Con acento solemne.) ¡Tu padre! Le he preguntado...

LUIS

¿Y qué te ha dicho?

CLOTILDE

Que esa mujer te ama, que tú la amas también.

LUIS

¡No es verdad!

CLOTILDE

¿No? (A José que sale): ¿Qué hay?

JOSÉ

La señorita Carolina me ha dado esta carta para la señora Condesa.

CLOTILDE

¿Para mí? ¡Gracias! (Vase José.)

LUIS

¿De ella?

CLOTILDE

¿Por qué te turbas?

LUIS

Yo no puedo permitir que leas una carta de esa mujer.

CLOTILDE

Si es por un sentimiento de respeto hacia tu madre, te lo agradezco y te pago con mi confianza. Toma, léela tú.

LUIS

(Abre la carta, dentro de la cual hay otra, Lee para si): «Seño-»ra Condesa, adjunta remito una carta suscrita por usted. »Espero que tendrá la fuerza que tanto necesita para luchar »y vencer como mujer y como madre.—Carolina.»

CLOTILDE

¿Qué dice?

LUIS

(Abre la otra.) ¿Una carta de mi madre? (Lee mentalmente, palidece. Mira á su madre conmovido. Se pasa la mano por los ojos como si estuviera dominado por una pesadilla y vuelve á leer.) ¡Oh, madre mía! ¡Pobre madre mía! (Pausa.)

CLOTILDE

¿Por qué me hablas así, Luis? ¿Que hay en esa carta? (Luis la estruja entre las manos.) ¿La escondes? Quiero leerla.

LUIS

(Con autoridad.) ¡No es posible!

CLOTILDE

¿Que no es posible?

LUIS

No.

CLOTILDE

Eso quiere decir que esa carta te condena, que es verdad que esa mujer...

LUIS

¡No, madre mía!... No la acuses. Esa mujer no es uua infame. A esa mujer no le falta corazón. Lo que acaba de hacer es generoso, la eleva, la saca del fango en que se halla envuelta.

CLOTILDE

¿Tú la defiendes?

LUIS

Sí, la defiendo.

CLOTILDE

¿Delante de tu madre?

LUIS

Delante de mi madre, que ha sufrido tanto y que está siempre dispuesta á creer y perdonar.

CLOTILDE

¡Perdonar, perdonar!... ¿A quién?

LUIS

¡Oh, madre mía! (Mirándola con ternura.)

CLOTILDE

Te mando que me entregues esa carta.

LUIS

No, no intentes obligarme á ello, no puedo. Tú no sabes,... no puedes comprender lo que está pasando en mi cabeza y en mi corazón. Este es un momento supremo de mi vida. Ahora no te puedo dar esta carta.

CLOTILDE

Entonces... ¿Confiesas?...

LUIS

(Con desesperación.) Sí... sí... todo lo que quieras. (Entra Enrique por la izquierda. Clotilde lo vé y dice.)

CLOTILDE

Pues confiésalo delante de tu padre.

LUIS

¿Delante de él?

CLOTILDE

¿Vacilas?

LUIS

No, no vacilo. (Bajo á Clotilde.) Madre querida, no digas por Dios ni una palabra de esa carta, y te prometo confesarlo todo.

CLOTILDE

(Al encuentro de Enrique.) ¡Oh, Enrique!

LUIS

No; soy yo el que debo decírselo todo á mi padre. ¡Amo á esa mujer!

ENRIQUE

(Con desesperación.) ¡Desgraciado!

LUIS

(Cruzándose de brazos.) Amo á esa mujer.

ENRIQUE

¡Luis!

CLOTILDE

¿Y Enriqueta?

LUIS

(Con ánimo.) ¡Madre mía, que nada sepa Enriqueta! (Abraza lloroso y suplicante á su madre.)

TELÓN

FÍN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salón del hotel, elegantemente puesto. Al fondo una gran vidriera practicable. A derecha é izquierda en primer termino, puertas. Dos mesas, una á la derecha y otra á la izquierda. la de la derecha sin sillas á su lado.

ESCENA PRIMERA

JOSÉ, JUAN, VICENTE; luego AUGUSTO, ELISA y ALFREDO, últimamente CAROLINA.

JOSÉ

(Desde el fondo.) Vicente, una copa de coñac y un sorbete.

VICENTE

Enseguida. (Vase fondo.)

JOSÉ

¿En qué están en la mesa redonda?

JUAN

En los postres.

JOSÉ

Manda encender la sala del thé para los señores.

JUAN

Ya he dado la orden.

JOSÉ

Juan, es necesario echar de cuando en cuando una ojeada hácia allí dentro. (Con importancia. Señala á la izquierda.) Me han encargado que no se juegue al lansquenet, ni al bacarrá; pero como todos esos señores están acostumbrados en Montecarlo á hacer lo que quieren, hay que tener mucho cuidado.

JUAN

Y si pretenden jugar, ¿qué hago?

JOSÉ

Lo primero, usar con ellos de buenos modales. La cualidad que mas recomienda á un camarero es el tacto.

JUAN

Está entendido. (Vicente entra con servicio del coñac y un sorbete, por la izquierda.)

JOSÉ

¡El tacto! Hoy la posición del camarero es tan delicada como la de un alto diplomático. ¡Hay tantas contradicciones en las leyes! Por ejemplo: ¿Por qué se prohibe la ruleta en Niza y se permite en Montecarlo? ¿Por qué á un caballero no autorizado para arruinarse, á la media hora de conseguirlo se le permite saltarse la tapa de los sesos? Contradicciones. Ahora, el verdadero camarero, que sabe hacer la vista gorda, está dentro del espíritu de la ley, la cual debe

ser igual para todos. (Juan hace una demostración de inteligencia y se va.)

AUGUSTO

(Sale por la derecha.) ¡José!

JOSÉ

¡Señorito!

AUGUSTO

¡Me han dicho que se ha organizado el treinta y cuarenta!

JOSÉ

¡Oh! ¡No, señor! Un modestísimo faraón. Es un ligero pasatiempo. No me opuse á ello, porque creo que es muy natural que se distraigan un poco... y... (Señala á la derecha.) mientras están á un lado tomando el thé, al otro...

AUGUSTO

Se vacían los bolsillos... Eso es muy natural. ¿Y quiénes son los jugadores?

JOSÉ

Todos los huéspedes del hotel.

AUGUSTO

¿Estamos seguros?

JOSÉ

¡Segurísimos!

AUGUSTO

(Dándole un billete de banco.) Hágame usted el favor de cambiar ese billete.

JOSÉ

¡Juan! (Dándole el billete.)

AUGUSTO

(A Elisa que sale por la derecha.) Elisa, voy á probar fortuna al faraón; presiento que ganaré.

ELISA

¿Vamos á jugar?

AUGUSTO

No, por Dios, no vengas tú.

ELISA

¿Por qué? (Sale Alfredo.)

AUGUSTO

¿No lo ves? Si se pone á mi lado me sucede lo mismo que en Montecarlo, y hoy no puedo permitirme ese lujo.

ELISA

¿Se agotan los fondos?

AUGUSTO

Casi, casi.

ELISA

¿Liquidación forzosa?

AUGUSTO

No, todavía hay algo. (Abre la cartera.)

ELISA

¿Cinco mil... duros?

AUGUSTO

¡Pesetas! (Apesadumbrado.)

ELISA

¡Poco es!

AUGUSTO

Dentro de un par de horas tendré diez mil, y antes que se hayan gastado... (Mira á su tío.) creo que lo habré colocado.

ELISA

En dos horas pueden suceder muchas cosas.

AUGUSTO

¡Ya lo creo!

ELISA

¡Quién sabe si podré colocarlo yo misma!

AUGUSTO

¡Bravísimo! Manos á la obra.

ELISA

Hace rato que pienso en ello. (A Juan que le trae el cambio.)

AUGUSTO

¡Gracias!

ELISA

Dame un cigarro.

AUGUSTO

Toma la petaca. Fuma y... piensa en mí. Hazme un favor.

ELISA

¿Qué quieres?

AUGUSTO

Dame tu cuerno de coral.

ELISA

(Quitándoselo del cuello.) ¿Lo quieres de veras?

AUGUSTO

Serán tonterías, pero creo en ellas. (Lo agita pasando por delante del tío) Estoy seguro de ganar, tengo el talismán. Vase.)

CAROLINA

(Sale por el fondo muy nerviosa. A Elisa que se está riendo.) ¿De qué te ries?

ELISA

¡Por fin se te puede ver!... Te estuvimos esperando para comer.

CAROLINA

He comido fuera.

ELISA

¿Sola?

CAROLINA

Sola.

ELISA

¿Por qué?

CAROLINA

Porque tenía deseos de verme sola.

ELISA

He estado tres ó cuatro veces á buscarte en tu habitación.

CAROLINA

Llego en este momento.

ELISA

¿Qué tienes?

CAROLINA

Nada. ¡Los nervios! ¡Oh, bravísimo! ¿De quién es esa pataca?

ELISA

Es de Augusto.

CAROLINA

¿Adónde ha ido?

ELISA

A jugar.

CAROLINA

¡A jugar! ¿Adónde?

ELISA

Allí.

CAROLINA

(A Juan que sale.) Oye. ¿Se puede jugar?

ELISA

(Imita á José.) Un modestísimo faraón para matar el tiempo. ¡Pobre Augusto! Va á buscar fortuna para conjurar la catástrofe.

CAROLINA

¿Gana?

ELISA

No lo sé, no ha querido que fuese con él.

CAROLINA

¿Por qué?

ELISA

Porque dice que su tío le lleva la desgracia.

CAROLINA

¡Tonto!

ELISA

Tonto, pero es verdad. ¿Por qué estás tan nerviosa?

CAROLINA

Luego te lo diré.

ELISA

¿Siempre por causa de él?

CAROLINA

¿De quién?

ELISA

¡De... Alber!

CAROLINA

Sí, sí. Siempre por causa suya. He conocido muchos hombres sin principios, sin fe... sin corazón... pero te juro que sería muy difícil encontrar un hombre de las malas condiciones de ese; cuando yo te lo digo puedes creerlo.

ELISA

¿Lo has vuelto á ver?

CAROLINA

¡Si hubiera sabido que había de volver á encontrarlo!... Ha tenido el cinismo de hacerme llamar por su mujer, acudí á la cita, y era él quien me esperaba.

ELISA

¡Qué atrevimiento!

CAROLINA

Dí más bien, ¡qué imprudencia!

ELISA

¿No ha ocurrido ningún escándalo?

CAROLINA

No; pero podría muy bien ocurrir, porque ya estoy cansada. Figúrate que he pasado todo el día fuera del hotel por no encontrármelo. Juzga, pues, si tengo razón para estar incomodada. Ha venido dos ó tres veces á buscarme, ó por mejor decir, á buscar una carta que yo tenía, y no encontrándome ha dejado esta otra. (Lee.) «Devolvedme la carta »que os he dado, ó me veré precisado á recurrir á la violen»cia.» ¿Comprendes?

ELISA

Conciso, pero expresivo. ¿Y esa carta?

CAROLINA

No la tengo ya.

ELISA

¿Qué has hecho de ella?

CAROLINA

Se la he mandado á quien debía. ¡He creído hacer en ello una buena acción! Podré haberme equivocado, pero la intención ha sido buena.

ELISA

¿Y á quién se la has mandado?

CAROLINA

No puedo decírtelo. Estoy tan aburrida que pienso marcharme de Niza.

ELISA

¿Te vas?

CAROLINA

De seguro.

ELISA

¿Cuándo?

CAROLINA

No lo sé, tal vez mañana.

ELISA

¿Sola? (Bromeando.)

CAROLINA

(Con esfuerzo.) Veré si me conviene que me acompañe el tío de Augusto.

ELISA

(Desconcertada.) ¡Oh, si se te mete en la cabeza! (Mira á Alfredo que está detrás de Carolina.)

CAROLINA

Como tú no quieres saber nada...

ELISA

La verdad, no sé qué hacer. (Lo vuelve á mirar, éste abre los ojos desmesuradamente por la esperanza.) Si diese algún paso trataría de imponer condiciones claras, absolutas. Antes que nada una visita oficial al síndico. (Alfredo escribe en su libro de memorias.) Luego una dotación de mil duros al mes, por lo menos y un viaje cada año por Europa. (Alfredo arranca la hoja del libro. Hace una seña á Elisa y pone el papel sobre la mesa debajo de la caja de cerillas que Elisa dejó allí.)

CAROLINA

¿A quién haces señas?

ELISA

A ninguno.

CAROLINA

El telégrafo funciona.

ELISA

¿Estás loca? (Contrariada.)

CAROLINA

(La coge del brazo.) Hace poco te he dicho que casándote con el sobrino perdías la herencia del tío, y casándote con el tío no perdías nada, ni aun el sobrino. Veo con placer que aprovechas el consejo.

ELISA

(Elude la contestación.) ¿Tienes una cerilla?

CAROLINA

¿En dónde dejaste las tuyas?

ELISA

¡Ah! Sobre la mesa. (Coge la caja y el papel que había dejado Alfredo. Lee mientras Carolina observa á Mr. John.) «Acepto; »única condición, salir inmediatamente en el tren inter- »nacional para París.» (Mira á Alfredo con sonrisa de aceptación. A Juan, que entra por el fondo): ¿A qué hora pasa el Internacional?

JUAN

A las ocho y treinta y cinco. (Carolina sonríe, demostrando haber comprendido.)

ELISA

Son las ocho.

JUAN

Las ocho por la estación.

ELISA

Diez minutos para recoger mis alhajas. Los trajes ya me los mandará Augusto. Carolina, si ves á Augusto, díle que estoy en el jardin; hasta la vista.

CAROLINA

¡Ingrata! ¿Te vas sin darme un beso?

ELISA

¿Por qué?

CAROLINA

A lo menos ¿me escribirás?

ELISA

Como quieras. ¡Sí, te escribiré! (Corriendo, vase.)

ESCENA II

CAROLINA, LUIS, luego ENRIQUETA

LUIS

(A Carolina, que trata de evitarlo.) Señorita Carolina, tengo necesidad de hablar con usted.

CAROLINA

¿No teme usted que nos vean juntos?

LUIS

No me importa.

CAROLINA

¿No?

LUIS

La he buscado todo el día, porque antes de ver á mi madre era preciso que la viese á usted.

CAROLINA

Creo que la señora Condesa está en la sala del thé.

LUIS

Lo sé, gracias. Está muy apesadumbrada por causa mía.

CAROLINA

¿Por causa de usted?

LUIS

Sí; mi padre le dijo que había presentado la dimisión.

CAROLINA

¿Ha presentado usted la dimisión? ¿Por qué?

LUIS

Por no salir esta noche con la escuadra; pero el Ministro

me ha concedido una licencia. En este momento la he recibido por conducto del Almirantazgo. Ahora bien, mi padre ha creído, al ver que yo presentaba la dimisión, que era porque había una mujer de por medio.

CAROLINA

¿Yo? (Con ironía.)

LUIS

¡Usted! Y ha tenido razón. No me atreví á negarlo.

CAROLINA

¡Luis! (Que no comprende.)

LUIS

Hice más: lo he confesado en presencia de mi madre.

CAROLINA

Lo comprendo.

LUIS

Semejante confesión podría causar mucho daño á una pobre niña que me ama, ¡á Enriqueta! Ni por esto he dudado hacerla, merced á la confianza que tengo en usted. No se ofenda usted por mi mentira... Usted me ayudará contra... contra todos ¿no es cierto? Tengo fe ciega en su generosidad.

CAROLINA

¡Es la primera vez que me embarga un sentimiento generoso, y no me lamento de ello! Ni me disgusta sentir por

un momento lo que, se lo aseguro, no volveré á sentir jamás. Con una vez basta. (Sonríe amargamente.) Sí, ámeme usted... hágalo creer. Me parece que es esto lo que usted desea. También lo haré creer yo misma. (Seria.) ¡Pero tenga usted mucho cuidado! Con ello ha de excitar los celos de un hombre capaz de todo, y los celos producen una fiebre peor que el desaire... No aconsejo, hago simplemente una advertencia. Si cree usted lo contrario, quiere decir que no sabe el por qué, (Sorprendida por una idea.) y creo adivinarlo... No... no pido nada. Bástele á usted saber que ya he leído en su pensamiento. ¡Cosa más extraña! (Sonríe.) ¡Nosotros leemos mútuamente en nuestras almas! (Pensativa) Y tal vez por eso no hemos podido entendernos. Francamente, usted es el único hombre que ha despertado en mí un sentimiento que no es un capricho. Guiada por él le digo que hace bien en conservar sus ilusiones relativas á un afecto puro y sincero, en no emplear el suyo en mí, que podría serle consecuente hoy... pero mañana.... ¿quién lo sabe?... (Enriqueta aparece detrás de los cristales.) ¡Ah! Allí está su prima de usted. Le ha visto, y le aguarda. Vaya usted, vaya usted con ella. Vale mucho más que yo. Hasta la vista. (Vase por la izquierda.)

LUIS

(A Enriqueta. Esta bajo y muy deprisa.) ¿Qué hay?

ENRIQUETA

¿No ha venido nadie á buscarte?

LUIS

Nadie.

ENRIQUETA

Sin duda no te han encontrado.

LUIS

¿Qué tienes?

ENRIQUETA

¿Qué tengo? ¿Qué tengo? ¿Me podrías decir lo que ha pasado desde esta mañana? No puedo hablar con ninguno. Antes era solamente el tío, ahora hasta la tía me mira de una manera extraña cada vez que le hablo de tí. Te he visto y he venido á... ¡figúrate! Me han prohibido hablar contigo. La tía está allá. ¡Si sabe que estoy aquí!...

LUIS

¡Enriqueta mía!

ENRIQUETA

Han tenido una conversación muy acalorada, y de resultas de ella ha decidido el tío que nos marchemos en el exprés de la una y cuarto. Hemos hecho enseguida los baules, pero la tía mandó que te avisaran.

LUIS

Y mi padre, ¿viene con nosotros?

ENRIQUETA

No. Dice que tiene negocios importantes que resolver. En resumen, yo no comprendo ni palabra. ¡Estos misterios parecen una conspiración! Y todo es contigo, especialmente contigo, porque dicen que has presentado la dimisión, por... (Con ingenuidad.) ¿Quieres decirme por qué la has presentado? ¡Respóndeme enseguida! ¿Qué mal hay en ello? ¿Es alguna deshonra, alguna vergüenza presentar la dimisión? Dímelo pronto, no vayan á venir y nos sorprendan.

LUIS

¿En dónde está mi madre?

ENRIQUETA

Ya te he dicho que está allá.

LUIS

No debe partir, ¡no quiero que parta!

ENRIQUETA

¡El tío lo manda!

LUIS

¡Veremos!

ESCENA III

DICHOS, JOSÉ, luego AUGUSTO

LUIS

(A José.) ¿Sabe usted si está en casa el señor conde Alviati?

JOSÉ

Me parece que sí. Creo haberlo visto en la sala de billar ó en el gabinete de lectura.

LUIS

Hágame usted el favor de decirle que su hijo tiene que hablarle de un asunto urgente. Que no voy á buscarle por-

que necesito estar á solas con él. Yo esperaré aquí. (Señala al fondo.)

JOSÉ

Voy al momento. (Vase.)

AUGUSTO

(Sale con muchos billetes.) Afortunado en el juego y afortunado en amores. Aquí sí que no se cumple el refrán... ¡Elisa, Elisa! ¿En dónde está?

ENRIQUETA

Tu amigo Augusto.

AUGUSTO

Luis, ¿has visto á Elisa?

ENRIQUETA

Aquella señorita que...

LUIS

Vete con mi madre. (Brusco. Ella triste.)

ENRIQUETA

¡Hasta él! ¡Hasta él me trata mal! (Vase derecha.)

AUGUSTO

¿No has visto á Elisa?

LUIS

No, no la he visto. Dispénsame. (Va al fondo.

AUGUSTO

(A José que entra con una carta.) ¿Has visto á la señorita Elisa?

JOSÉ

A quien he visto es á su tío de usted.

AUGUSTO

Es lo mismo. ¿En dónde está?

JOSÉ

No lo sé; pero me ha encargado que entregue á usted esta carta en propia mano.

AUGUSTO

¿Una carta á mí?

JOSÉ

En propia mano. (Vase.)

AUGUSTO

Gracias. (La abre y lee.) ¿Qué necesidad tiene de escribirme? «Querido sobrino, pagaré tus deudas.» ¡Oh, al fin tuvo piedad!... «Adjunto te remito un talón del Banco de cuaren»ta mil pesetas.» ¡Tío adorado, tío de Nueva York, te reconozco! «Parto con mi mujer. Recibe mis cariñosos recuer»dos y los de Elisa.» ¡Oh, tío asesino, al fin me la pegó! Por eso me traía el cuerno la fortuna. (Sale corriendo por la derecha.)

ESCENA IV

ENRIQUE, JOSÉ y luego LUIS.

JOSÉ

El señorito Luis me dijo que esperaba aquí. (Vase.)

LUIS

¡Padre! (Desde el fondo.)

ENRIQUE

¿Qué quieres? (Nervioso.)

LUIS

Dentro de pocas horas la escuadra saldrá del puerto.

ENRIQUE

Y tú, ¿no te embarcas?

LUIS

Dependerá de tu respuesta. Después de la confesión que hice esta mañana, y por doloroso que á ambos nos sea, esta conferencia es necesaria.

ENRIQUE

Ni el lugar ni el momento son á propósito.

LUIS

Te he dicho que dispongo de muy pocas horas, y como

ves, estamos solos, absolutamente solos. Pues bien, he hablado con Enriqueta; le he dicho una parte de la verdad.

ENRIQUE

¿Qué le has dicho?

LUIS

Que ya no la amo.

ENRIQUE

¿Y ella?

LUIS

Me ha dado las gracias por mi lealtad.

ENRIQUE

¡Esa no es lealtad! Era necesario pensarlo antes.

LUIS

Al principio creí que la amaba. Ahora veo que me había equivocado... Hago mal en hablarte así; pero de mis palabras puedes deducirlo todo, sin que me vea obligado á decir todo lo que hay, todo lo que siento en mi corazón.

ENRIQUE

Eso no es amor, es un delirio.

LUIS

Lo sé.

ENRIQUE

¿Lo sabes? Entónces ¿qué pretendes de mí? ¿Consejos ó censuras?

LUIS

¡Censuras! (Con frialdad.)

ENRIQUE

¡Mírame á la cara! ¡Las censuras no son suficientes! Cuando arde la sangre, cuando se turba la razón, se puede ser capaz de todo.

LUIS

Sí, de todo. (Con frialdad,)

ENRIQUE

¿Y serías capaz? (Con estupor doloroso.)

LUIS

¡La amo! (Con resolución.)

ENRIQUE

¡Amarla tú! (Con ímpetu. Movimiento de Luis.) Déjame hablar, déjame decirte lo que ahora no puedes calcular con frialdad. Tú no tienes experiencia del mundo. Tú no conoces aún á esos vampiros. Esa mujer te ha seducido con sus malas artes. ¡Oh! ¡Es maestra en ellas! ¡Esa mujer ha conquistado tristísima celebridad; ha hecho desaparecer muchas fortunas; ha asesinado con sus caricias é infidelidad á muchos jóvenes, buenos como tú, ingénuos como tú; y cuando los ha convertido en idiotas, ó los ha vuelto locos, ha escrito friamente en su libro de cuentas: cien mil pesetas de ganancia; y ha seguido adelante. Ahora te ha tocado á tí; pero esta vez su cálculo es más infame, porque no se trata de tu fortuna, sino de tu honra. Necesita un nombre

para encubrir su pasado, y ha elegido el tuyo. Luis, ¿serás capaz de dar tu brazo á esa mujer? ¿Te presentarás con ella en público, donde encontrarás á muchos que antes han ocupado tu puesto?... ¿A muchos que podrán reirse de tí, porque tú sólo habrás tenido el triste valor de recoger el fango para llevarlo á tu casa, para arrojarlo en el seno de tu familia?

LUIS

(Nervioso, pero con calma aparente) Todo eso que dices es verdad, pero no puedo vencerme. Soy marino, estoy acostumbrado á luchar continuamente con los elementos, y la lucha con la sociedad no me espanta... ¿Sabes á dónde me conducirían tus reflexiones? A casarme con Enriqueta y á reservar luego mi cariño y mi vida entera para esa especio de vampiro, como tú la llamas. Para tí y para la sociedad, sería un hijo obediente y un marido virtuoso. Pero yo prefiero ser menos obediente, menos virtuoso, menos hipócrita, y más resuelto á la faz del mundo y de mi conciencia.

ENRIQUE

La sola idea de que pudieses en un momento olvidar veinticinco años de cuidados y sacrificios... me horroriza. Ves qúe te hablo como amigo, cuando como padre tendría el derecho de imponerte mi voluntad.

LUIS

No.

ENRIQUE

¡Luis!

LUIS

¿Has hablado de mis veinticinco años? Pues bien...

ENRIQUE

¿Qué vas á decir?

LUIS

Ellos me dan derecho á disponer libremente de mi voluntad.

ENRIQUE

¿Hasta en contra mía?

LUIS

Contra todo el mundo.

ENRIQUE

¡Ah! ¿Te acoges al amparo de las leyes? ¿Crees en las leyes de los hombres... y cuando favorecen tus deseos te sirves de ellas hasta contra las leyes de la sangre? Pues bien, ya que esa mujer te ha hecho olvidar el sentimiento del deber, de la obediencia, voy á decirte una palabra que te obligará á ceder.

LUIS

Dila.

ENRIQUE

Cuidado, Luis.

LUIS

Dila, no cambiaré de resolución.

ENRIQUE

¿No?

LUIS

No.

ENRIQUE

Esa mujer tiene un amante.

LUIS

¡Su nombre! (Enrique vacila.) ¡Dímelo! ¡Ni ella, que me lo ha confesado todo, ha querido decirme el nombre de ese hombre que ha sacrificado á los sentidos todos los dulces afectos de la familia! ¿Y quién sabe? Acaso un día se crea con el derecho de hablar en nombre de la virtud y de esa misma familia.

ENRIQUE

A su hijo, sí.

LUIS

Pero si yo fuera hijo suyo, querría ver en mi padre la virtud de los hechos, no la de las palabras.

ENRIQUE

¡Eso es lo que yo, tu padre, quiero ver en tí; lo quiero!

LUIS

¿Y qué harás?

ENRIQUE

Todo, para impedir que te deshonres.

LUIS

¿Un escándalo? ¡Sea!

ENRIQUE

¡Luis, piensa en tu nombre!

LUIS

¡No!

ENRIQUE

¡En Enriqueta!

LUIS

¡No!

ENRIQUE

¡En tu madre!

LUIS

(Como disparado.) ¡Ah! ¡Por ella sí; pero con una condición!

ENRIQUE

¿Quieres imponer?

LUIS

Una sola condición.

ENRIQUE

¿Cuál?

LUIS

(Dominándolo.) ¡Que te cases con mi madre!

ENRIQUE

(Con estupor.) ¿Qué?

LUIS

¡Cásate con ella!

ENRIQUE

¡Cómo! ¿Tú sabes?...

LUIS

Sé que era una joven buena y honrada, y que tú la has seducido y engañado. Sé que hace veinticinco años lleva un nombre que no le pertenece; que está sufriendo toda clase de humillaciones; que sofoca sus lágrimas para excitar tu piedad con la dulzura y la resignación. Sé que después de esos veinticinco años, estás pronto á olvidar los sufrimientos y dolores de esa pobre mujer... el cariño de tu hijo que te adoraba! ¡Y estás dispuesto á quitar á la una y al otro el ilustre nombre de tu familia, para ofrecérselo á una cortesana que lo ha rehusado!... (Acción negativa de Enrique.) ¡Que lo ha rehusado! ¡No lo niegues! Aquí está la carta que le habías escrito, y que ella ha devuelto... (Pausa. En el colmo de la resolución.) Ahora, decide. O reconocernos ó rechazarnos. De tí depende. Si te casas con mi madre, te bendeciré siempre, como antes. Pero si no lo haces, juro por cuanto

hay de más sagrado, que doy este nombre, que no me pertenece, á Carolina; que te la arrebato; que destruyo la felicidad de Enriqueta; que pongo entre nosotros dos una barrera de odio y de celos! Nuestra familia será despreciada de todos por culpa tuya, y si entonces el remordimiento devora tu corazón, será ya demasiado tarde; porque habrás hecho de tu hijo un canalla aborrecible, cuando él quería ser bueno y honrado. (Enrique sufre una gran conmoción, permaneciendo mudo.) ¿No tienes nada que contestar? ¿Nada? (Pasa un momento, y dice con resolución): Desde ahora no tengo padre. ¡Adiós! (Se aleja y se pone detrás de la vidriera.)

ENRIQUE

(Como despertando de una pesadilla.) ¡Luis!... ¡Luis!... ¡Hijo mío! (Luis se echa en sus brazos, y le estrecha con efusión.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, CLOTILDE y ENRIQUETA, que aparecen detrás de las vidrieras

ENRIQUE

(Al verlas, se oculta para no dejar ver su conmoción. Va junto á Clotilde, la da el brazo con cariño; ella trata de interrogarlo con la vista; Enrique la calma sonriendo; luego se vuelve hacia Luis, é indicándole á Enriqueta, le dice con intención): Acompáñanos. Haz como yo. Da el brazo á tu mujer. (Enrique y Clotilde, del brazo, salen acompañados de Luis y Enriqueta.)

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta,* calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe,* Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín,* Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo,* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado,* calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg,* calle del Príncipe, 14; de *González é Hijos,* Puerta del Sol, 9; de los *Señores Simon y C.ª,* calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano,* calle de San Martín, y de los *Sres. Escribano y Echevarría,* plaza del Angel, 12.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la Administración.

EXTRANJERO

FRANCIA: Librería española de *E. Denné,* 15, rue Monsigni, **PARIS**. PORTUGAL: *D. Juan M. Valle,* Praça de D. Pedro, **LISBOA,** y *D. Joaquín Duarte de Mattos Junior,* rua do Bomjardin, **PORTO**. ITALIA: *Cav. G. Lamperti,* Via Ugo Fóscolo, 5, **MILAN.**

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.